



«LE DISTE EL MANDO SOBRE LAS OBRAS DE TUS MANOS»

Convivencia con jóvenes de CL

Asís, 23-26 marzo 2023

«Le diste el mando
sobre las obras
de tus manos»

Convivencia con jóvenes de CL

Asís, 23-26 marzo 2023

¿Hay algo que permite gozar verdaderamente de todo, hasta el último instante de la vida? Al fondo de la escalera que baja desde la basílica inferior de Asís a la cripta, dando paso a la tumba de san Francisco, dentro de una cajita en una hornacina reposan las reliquias de una amiga suya. Allí está sepultada Jacoba de Settesoli, dama noble romana a la que escribió el santo, poco antes de morir, para que fuera a visitarlo a la Porziuncola. Y le recordaba que no se olvidase de llevarle sus riquísimas galletas, que a él tanto le gustaban.

Así lo contaba Francesco Vignaroli, guía histórico de los alrededores de Umbría, durante una visita a la ciudad de Asís de trescientos jóvenes (y algunos senior) del movimiento, procedentes de toda Italia y de España para pasar tres días de convivencia, del 23 al 26 de marzo.

Puede parecer que no es más que una anécdota curiosa, pero aquellas galletas de Jacoba saben bien que cualquier cosa, cualquier detalle de la realidad, como también sabía san Francisco –basta releer el Cántico de las Criaturas–, tiene que ver con el deseo de felicidad y con el significado último. «Solo hay dos cosas de las que vale la pena hablar: el objetivo de la vida y el camino para llegar», decía Paolo Prosperi, sacerdote de la Fraternidad San Carlos, citando a don Giussani durante la lección que dedicó al tema del trabajo el viernes por la mañana.

Un camino que se verifica en el impacto con la vida de todos los días, como decía la invitación a los jóvenes presentes en Asís: «¿Qué significa para ti vivir la responsabilidad del carisma al afrontar los desafíos de la vida adulta, el trabajo, el afecto, las amistades...?».

Que se trata de una cuestión urgente para todos se vio muy bien desde el principio, en las dos asambleas de las que estas páginas reproducen varios fragmentos, donde solo algunas de las muchas manos alzadas tuvieron tiempo de intervenir con sus experiencias y preguntas. Como la frase lanzada por un dentista que supuso una provocación para Luigi respecto a su trabajo y el valor de la amistad. O Michele, médico, con su deseo de volver a casa y abrazar a su mujer tras el funeral de un paciente. O Paolo mientras viste a su hijo por las mañanas preocupado por sus problemas de trabajo. Y Matteo, que vuelve a trabajar un mes después de la muerte de Silvia, su esposa... Todo ello confrontado con

la fe y con la pertenencia al movimiento. ¿Qué quiere decir –la pregunta que subyace siempre– ser responsables del carisma, como nos dijo el papa Francisco en la audiencia del 15 de octubre de 2022? «Fijaos en que existe un vínculo entre la responsabilidad de la que hablamos y la memoria», dice Francesco Cassese (Camu), responsable del movimiento en la diócesis de Milán, que guía con don Paolo las dos asambleas. «¿Nosotros deseamos vivir esta memoria y esta responsabilidad?».

Durante tres días nos hemos ayudado a esto. A mirar la historia que nos ha cautivado, a profundizar en una amistad radical y atravesada por palabras como “comunión”, “memoria”, “juicio”, “obediencia”... donde nada queda fuera. Como una visita por grupos a la ciudad y a sus basílicas, por ejemplo. Donde puedes encontrarte con un fraile y charlar con él sobre la figura de Francisco y los suyos, y de su relación con la Iglesia tras la muerte del santo. Como las veladas de viernes y sábado, con la música de Rachmaninov presentada por Pier Paolo Bellini y las figuras del Miguel Mañara de Milosz y el Don Juan de Mozart, siguiendo las huellas de esa pasión por la belleza que siempre se apoderó de don Giussani, como un potente reclamo al sentido de la existencia humana. Esa misma belleza podía leerse en muchos de los rostros que se pusieron a cantar juntos en el claustro del hotel al caer la tarde: cantos alpinos, españoles, africanos... y en las conversaciones de sobremesa durante las comidas y cenas.

Reconocer el origen de todo esto, el punto de unidad, es el primer paso de ese “juicio comunional” que tantas veces asomó en las intervenciones y diálogos. Lo dirá Paolo Prospero al terminar la convivencia (en la síntesis que también se publica en estas páginas): «dejarse lavar los pies por Cristo», dejarse amar por Él, empezar a «sentir» como Él. No se trata de abdicar del propio corazón, sino que, obedeciendo, se dilata la comprensión de aquello que el corazón desea, se aclara. «Presentimiento de lo verdadero, lo llamaba Giussani. No se entra en el punto de vista de Cristo de golpe, sino poco a poco». Es un camino en el que hace falta “la virtud de la disponibilidad”, el último punto de la síntesis que retomó Davide Prospero, responsable del movimiento, al acabar estos días. «Este es el camino al que se nos invita. Y se nos invita a hacerlo juntos».

Jueves 23 de marzo

INTRODUCCIÓN

Daide Prosperi

Francesco Cassese (Camu). Empezamos con una oración.

Gloria

Daide Prosperi. Bienvenidos y gracias por haber respondido a nuestra invitación. Veo que hemos llegado todos, o casi, desde varias partes de Italia, tal vez aún no estén todos los de España. Seguramente os habréis preguntado el porqué de esta invitación y qué hemos venido a hacer aquí. Para mí ya es un signo de esperanza el hecho de que –sin saber exactamente el porqué– hayáis venido igualmente. Eso simplifica las cosas. Para introducir estos días, lo primero que quiero deciros es: no preguntéis por qué os han invitado a vosotros y no a otros. Esa pregunta tiene un aspecto justo, pero fijarnos en ella nos podría apartar del camino. Algunos de vuestros nombres me han sido sugeridos por referencia de grupos de Fraternidad o por vuestras comunidades, otros por amigos mayores que están aquí y a los que les he pedido que compartan con nosotros estos días, alguno –quién sabe– ha encontrado esta invitación como el billete dorado de la tableta de chocolate de Willy Wonka. No importa. Lo que importa es preguntarse qué se nos propone y qué se nos ofrece: no solo palabras y contenidos, sino algo más. Cuando alguien te ofrece algo, también te pide algo (al menos te pide aceptarlo). Por tanto, ¿qué se nos ofrece? ¿Y qué se le pide a nuestra vida? Hay dos motivos fundamentales –que se podrían declinar de muchas maneras, y lo haremos– de esta invitación.

1. El primero es que –como podéis ver mirando alrededor– pertenecéis (quería decir “pertenecemos”, ¡pero por desgracia

soy un poco más viejo que vosotros!), todos pertenecéis a una cierta generación. Juntos estamos saliendo de un periodo nada fácil por el Covid, que nos ha mantenido a todos alejados y, desde cierto punto de vista, ha introducido algo que nunca habíamos experimentado antes, ni nosotros ni las generaciones anteriores a la nuestra. También ha habido, en cierto modo, una dispersión que, en parte, se ha visto favorecida por esto y, en parte, por el contexto en que vivimos, sobre el que me vais a permitir que diga un par de cosas.

Dicho brevemente, el contexto en que vivimos no es irrelevante. No somos ajenos a la mentalidad que lo permea todo y a todos, eso que en nuestra amistad siempre hemos llamado «ambiente». Con esta palabra, don Giussani no solo se refería a un espacio físico o geográfico, a lugares de vida, sino sobre todo al contexto, que influye de forma decisiva en la gente. En efecto, decía en 1960: «Jamás ha tenido a su disposición el ambiente, entendido como mentalidad y modo de vida, tales instrumentos como ahora para invadir despóticamente las conciencias. Hoy más que nunca el educador, o más bien el “deseducador” soberano, es el ambiente, con todas sus formas expresivas» (*Llevar la esperanza*, Encuentro, Madrid 1998, p. 40). Si valía hace sesenta años, pensemos en la influencia de la mentalidad dominante hoy, una mentalidad que también nosotros llevamos encima, a veces sin darnos cuenta, haciéndonos la ilusión de ser inmunes. Don Giussani siempre abordó los pasos fundamentales de nuestra educación partiendo de una mirada lúcida al contexto, justamente para que pudiéramos sorprender en nosotros, aun antes que fuera, la presión del poder. Porque la educación es el camino de la salvación. Este es el eje de toda nuestra historia: la historia de la salvación, es decir, de la liberación de la esclavitud del poder.

A lo que os enfrentáis en esta etapa de vuestra vida –que se va concretando según la edad–, que coincide propiamente con hacerse adultos, es la definición de vuestra vocación. La vocación definida como estado de vida –familia o virginidad– y también como trabajo o profesión. El trabajo, aparte de comprometer la gran mayoría de nuestro tiempo, al menos para la mayor parte de

nosotros, es también un lugar de vida y por tanto de expresión de uno mismo. Por tanto, es allí donde el influjo del poder se hace fuerte. Todo esto ahora, en 2023, se impone con más violencia que nunca por la mentalidad dominante, que quiere demoler el significado de las cosas. ¿Por qué? Porque quien conoce el significado, y por tanto el destino de uno mismo y de las cosas, es libre del poder. Hoy lo que se cuestiona es justamente la posibilidad de un significado, no cuál de ellos es el verdadero, sino el hecho de que las cosas tengan significado, que exista un significado. Por eso, todo se reduce a reactividad. En este contexto, la libertad entendida como la entendemos nosotros es el peor enemigo del poder y su único muro de contención.

2. El segundo motivo de este encuentro es ofrecernos una compañía. Sobre esto debo decir que la propuesta de estos días juntos ha nacido también de la experiencia de estos meses. Como muchos sabéis, he visitado todas las regiones, nos hemos visto y por eso muchos estabais al tanto de esta invitación, porque no ha nacido de un proyecto, sino de un encuentro. Al encontrarnos, he empezado a intuir que para muchos de nosotros el movimiento es sin duda una realidad conocida, en la que tal vez hemos crecido, pero que percibimos como algo previo a nosotros, y en cierto sentido es así porque nosotros hemos entrado en una realidad que ya existía. La verdadera cuestión o, si lo queremos, el verdadero desafío –pienso sobre todo en las palabras que nos dirigió el Papa en la plaza de San Pedro, invitándonos a asumir la responsabilidad del carisma– es si el movimiento, si esta experiencia que supone el corazón de nuestra vida, es algo de lo que nosotros obtenemos algo o si en cambio ya es nuestro. Nuestro en el sentido de que la pertenencia nos genera y al mismo tiempo es generadora: ¡pertenecemos al movimiento que se genera por nuestra pertenencia! De otro modo sería como ir al supermercado a comprar lo que uno necesita para llevárselo a casa y prepararlo, pero luego la vida va por otro lado. ¿Qué significa esto? Lo dejo como pregunta. En cualquier caso, el riesgo de tratar así el movimiento existe, no

solo porque nos encontramos con el movimiento, con las obras, con toda esta realidad como algo previo, sino también por una mentalidad que nos invade, porque la mentalidad de hoy tiene su clave característica en el individualismo; y nosotros la llevamos dentro. Estamos sumidos en este clima, también debido al Covid, aunque el Covid solo ha sido una causa accidental, hay algo más estructural que lo determina. De hecho, lo podemos ver. Todos hablan del yo, Giussani siempre ha hablado del yo, todos estos años hemos hablado siempre del yo, y ahora nos damos cuenta de la urgencia de comprender más a fondo su verdadero significado, su novedad, la originalidad del contenido de la palabra «yo». Porque hace treinta o cuarenta años se vivía en un contexto dominado por el asociacionismo, de modo que decir «yo», incluso en sentido individual, era algo original. Hoy no; decir «yo» puede haber dejado de ser original. Quien haya tenido la mala suerte de asistir a la inauguración del Festival de Sanremo, habrá oído a una chica que se pasó media hora hablando del yo. Cuando nosotros hablamos del yo, ¿decimos lo mismo? ¿Dónde está la diferencia? Lo que decimos es original: el yo es relación, el yo pide un tú. «Yo soy “tú-que-me-haces”», así lo define don Giussani en *El sentido religioso* (p. 152). Y nosotros lo hemos aprendido no solo por la enseñanza que hemos recibido sino por la experiencia de todos estos años. Esa es la definición de nuestro yo que don Giussani nos comunicó con su enseñanza y con su vida. Y esto exige una decisión por nuestra parte: afirmarlo no con nuestros pensamientos individuales, sino con esta compañía habitada por Cristo como punto generador del yo.

Este es el motivo que da forma al gesto de estos días, en los que habrá momentos de escucha y diálogo entre nosotros. No se trata solo de reaccionar a lo que escuchemos, también tiene que salir la experiencia vivida a todos los niveles. El tema central será sobre todo en relación con el trabajo (por el motivo que decía antes), que será el contenido de la lección que dará Paolo mañana. Pero en nuestras conversaciones debemos poner en juego todos los aspectos de la vida y de nuestra experiencia. Mañana por la mañana habrá una propuesta de contenido, pero

luego tendremos dos momentos de asamblea libre. No los guiaré yo, el gesto estará guiado principalmente por Camu, junto a Paolo y otros. La idea es afrontar estos temas desde un punto de vista particular, el de nuestro carisma, como ayuda para entrar a fondo en el camino, en el recorrido que todos estamos haciendo en el momento que estamos viviendo, en este momento de paso de nuestra historia. Así que mañana por la mañana habrá una introducción al tema del trabajo, luego dos asambleas y otro momento para profundizar en una forma de mirar la realidad según el carisma, es decir, como don Giussani nos enseñó a vivir todos los aspectos expresivos de nuestra historia. También habrá una visita guiada a los lugares de san Francisco. San Francisco encarnó otro carisma, pero también nos ayuda a entender mucho del nuestro.

Para terminar, me urge subrayar dos conceptos sencillos y muy claros: esto es un inicio. No quisiera que se interpretara como un «participamos y luego cada uno se cocina lo suyo», que sería contradictorio con la preocupación que nos ha traído aquí. Es un inicio, con la esperanza de que se convierta en un lugar. Atención, no me refiero a un lugar formado solo por vosotros (obviamente, estando vosotros aquí, en primer lugar estará formado por vosotros), sino que espero que este lugar se dilate, que pueda dilatarse allí donde vosotros estáis, donde vivís, en las relaciones que tenéis y en las que aún no tenéis, con las personas que encontréis, etc. Es esta compañía a la que se pertenece y a la que se puede volver continuamente. Me gustaría que lo percibiéramos así. Como veis, si miráis a derecha o a izquierda, delante o detrás, no solo están los amigos de toda la vida o los que viven cerca de vosotros. Me gustaría que percibiéramos esta compañía inscrita en el horizonte de todo lo que hay aquí y fuera de aquí, de modo que sea realmente el inicio de una amistad. Si al término de estos días consideráis que ha sido útil vernos, pensaremos en otros momentos para el futuro; de lo contrario nos despediremos, recordando que Asís fue una bonita experiencia.

Decir esto desde el principio ensancha el horizonte de cada uno de los que estamos aquí presentes para participar en las propuestas que hagamos.

Viernes 24 de marzo

LECCIÓN

don Paolo Prosperi

1. En camino hacia la libertad

Todos los años la Iglesia nos invita en Cuaresma a fijar nuestra mirada en la gran epopeya del Éxodo de Israel desde la esclavitud de Egipto hacia la tierra prometida, la tierra de la libertad, que no es América –como dice la canción que no hemos escuchado casualmente¹– sino la tierra de Canaán, donde «mana leche y miel».

Podríamos preguntarnos legítimamente por qué. Si ya hemos sido «liberados del yugo del mal», como canta un himno de Cuaresma que a todos os resultará familiar, ¿por qué siempre es necesario un nuevo éxodo? ¿Somos libres o no somos libres? Cada uno de nosotros lo sabe y puede responder personalmente: en parte sí y en parte no. Así es por muchas razones, una de las cuales es el hecho de que hay muchos *Egiptos* que nos tienen presos, no solo uno. Hay muchas formas de esclavitud en nuestra vida, y además no dejan de surgir siempre otras nuevas, con el cambio de las circunstancias y la mentalidad que domina el ambiente en que vivimos – una mentalidad que, como subraya insistentemente la Escuela de comunidad que estamos trabajando, ejerce inevitablemente un poder seductor sobre nosotros, aunque no nos demos cuenta. Cada época, cada momento histórico tiene su “Egipto invisible”. El ambiente se caracteriza por una cierta ideología dominante, una cierta mentalidad que domina la sociedad y que se convierte para el cristiano en un desafío, una tentación, una prueba, y precisamente por eso es al mismo tiempo *ocasión* de maduración y enriquecimiento. Porque la tentación, cuando es atravesada y vencida con la espada del discernimiento

1 The Bay Ridge Band, *New Creation*, del CD *Spirituals and songs from the Stoop*, 1999, © Euro Company.

–término que al papa Francisco le gusta mucho–, siempre nos hace más conscientes y fuertes, y por tanto paradójicamente nos enriquece:

Es imposible vivir dentro de un contexto general sin que este nos influya [...]. En nuestro espíritu inquieto y confuso anida la mentira de la mentalidad de hoy, de la que participamos porque somos hijos de esta realidad histórica que es la condición humana y tenemos que pasar por todas sus dificultades, sus tentaciones, sus resultados amargos, manteniendo la esperanza que es la vida de la vida².

Podemos preguntarnos cuál es el Egipto actual en el que todos más o menos vivimos y respiramos, nos guste o no. Podríamos decir muchas cosas. Hoy me gustaría detenerme con vosotros sobre todo en un rasgo particular de este nuevo “Egipto” que describiré inspirándome en el libro de un interesante filósofo coreano germanizado, Byung Chul Han, que un amigo me enseñó hace poco. El libro se titula *La sociedad del cansancio* y recomiendo su lectura sobre todo a los apasionados de Vasco Rossi, pues Han (por lo que me han contado) es uno de sus pensadores de referencia. ¡Comencemos pues!

2. Una nueva (¿y antigua?) esclavitud: la sociedad del rendimiento

Una de las escenas que siempre me han parecido más sobrecogedoras del libro del Éxodo es justo el principio, cuando el autor sagrado, con dos breves pinceladas, describe el sufrimiento de los hijos de Israel en Egipto, obligados a trabajar como bestias de carga y a latigazos para construir la ciudad del Faraón. Recuerdo que cuando era pequeño, siempre que veía en televisión la película *Los diez mandamientos* de Cecile DeMille, la parte que más me conmovía era justo el principio, cuando se ve esa in-

2 L. GIUSSANI, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 68.

mensa multitud de hombres, entre ellos ancianos y niños, trabajando como bestias en las canteras de las pirámides. Yo era un niño pero, quién sabe por qué, al ver a esos seres humanos fustigados como mulas, me conmovía hasta las lágrimas, como si mi corazón intuyera que en realidad en esas escenas había algo que me tocaba de cerca, aunque no supiera decir el qué:

[11] Así pues, nombraron capataces que los oprimieran con cargas, en la construcción de las ciudades granero, Pitón y Ramsés. [...] Los egipcios esclavizaron a los hijos de Israel con crueldad [14] y les amargaron su vida con el duro trabajo del barro y de los ladrillos y con toda clase de faenas del campo; los esclavizaron con trabajos crueles (Éx 1,11-14)

Ahora creo que todos estamos de acuerdo en que este tipo de esclavitud ya no es la forma dominante en nuestra sociedad actual. Si el marxismo ha fracasado, al menos en su versión clásica, es precisamente porque la dialéctica siervo-amor, oprimido-opresor, ya no parece que describa la realidad de la sociedad neoliberal donde vivimos hoy. El europeo medio – generalizando, el occidental medio – normalmente ha podido elegir sus estudios (imagino que es algo que podéis decir casi todos vosotros) y a menudo también su trabajo (es cierto que no siempre). Si se esfuerza, recibe un reconocimiento, hace carrera y sobre todo gana dinero. Los más afortunados desempeñan una profesión que les gusta y pueden cambiar si no es así, o si encuentran otra que les atrae más. Entonces, ¿la esclavitud ya está superada? Entonces, ¿ha llegado el momento en que el hombre por fin puede «comer del fruto de su trabajo», como dice el salmo (Sal 128, 2)? La respuesta, según nuestro filósofo, es no. A la esclavitud material le ha seguido otra más escurridiza y paradójica, pero no menos devastadora. ¿Qué esclavitud? En una frase, aunque luego la podremos desarrollar: la esclavitud del rendimiento, es

decir, usando un anglicismo (¡como es debido!), la esclavitud de la *performance*.

Parte del famoso cambio de época que estamos atravesando consiste tal vez precisamente en eso, en que hemos pasado –como dice Han– de una sociedad disciplinaria, a base de obligaciones, deberes y prohibiciones impuestas por el orden constituido (encarnado por la familia, la Iglesia, el Estado, etc.), a la *sociedad del rendimiento*, donde en teoría ya no hay obligaciones ni deberes, sino aquello que “promueve” y “enaltece” a uno mismo, lo que esencialmente significa hacer dinero y afirmarse socialmente, demostrando ser alguien que sabe “marcar la diferencia”. «*You are the difference you make in the world*», era el gran mantra que resonaba en todas partes cuando estuve en EE.UU: «Tú existes, eres alguien en la medida en que marcas la diferencia». No importa en qué. Lo importante es que lo hagas.

La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento [...]. Tampoco sus habitantes se llaman ya “sujetos de obediencia” sino “sujetos de rendimiento”. Son emprendedores de sí mismos³.

Así se entiende por qué hablaba de esclavitud *paradójica*. Paradójico es algo que parece contradictorio y sin embargo se muestra, a fin de cuentas, correspondiente con la realidad. En nuestro caso, cuando pensamos en un esclavo, pensamos en un hombre sometido a otro hombre, hasta el punto de que este último (el amo) puede obligarle a hacer lo que él quiera, puede *explotarlo*. Ahora, en la sociedad del rendimiento –afirma nuestro filósofo coreano– sucede algo distinto, es decir, “paradójico”. Sucede que aquí emprendedor y obrero, explotador y explotado son la misma persona. Tú eres el que explotas, en el sentido de que te empleas a fondo no ya para complacer a otro, sino para obedecer a tu

3 BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, Helder, Barcelona 2022, p.76.

propia necesidad de sentirte rentable, útil, “grande” (por decirlo brevemente). Por eso se trata de una esclavitud en cierto modo aún más oprimente que la esclavitud externa del siervo o el proletario:

El tú puedes ejercer incluso más coacción que el tú debes. La coacción propia es más fatal que la coacción ajena, ya que no es posible ninguna resistencia contra sí mismo. El régimen neoliberal esconde su estructura coactiva tras la aparente libertad del individuo, que ya no se entiende como sujeto sometido, sino como desarrollo de un proyecto [Tú eres lo que haces de ti mismo, el famoso ideal del self made man]. Ahí está su ardid⁴. Nos hallamos, por tanto, – aumenta la dosis Chul Han– en una situación paradójica. En realidad, la libertad es lo opuesto a la coerción. Ser libre significa quedar libre de coerciones. Pero ahora resulta que esta libertad, que tendría que ser lo opuesto de la coerción, por sí misma engendra coerciones. Enfermedades psíquicas como la depresión o el burnout reflejan una profunda crisis de la libertad [precisamente esa libertad que parece ser el valor supremo de nuestra sociedad –afirma Han–, esa libertad a la que se consagra la estatua que es el símbolo de América es en realidad uno de los valores que hoy más están en crisis]. Son un síntoma patológico de que la libertad se trueca hoy muchas veces en coerción⁵.

Para comentar estas líneas tan lúcidas quiero destacar dos aspectos. Primero, el sujeto de rendimiento, que aunque parece

4 BYUNG CHUL HAN, *La agonía de Eros*, Herder, Barcelona 2014, p. 21.

5 BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, op. cit., p. 109.

no ser esclavo de nadie⁶, es en efecto esclavo porque vive una relación con su propio trabajo y en general con su propia acción⁷ totalmente análoga a la del esclavo. El esclavo vive *con miedo y angustia por equivocarse*, pues sabe que si se equivoca, si no hace todo lo que se espera de él, se quedará frustrado. El *sujeto de ren-dimiento* no tiene miedo a frustrar a los demás sino a su propio “ego” (o mejor, “*super-ego*”), que le dice que si no lo consigue, no vale nada.

Además, el esclavo *no disfruta trabajando* porque suele realizar tareas humillantes cuando no agotadoras. Aparentemente, lo contrario sería ciertamente el sujeto de rendimiento. Este se implica en actividades con las que busca prestigio y gratificación. Sin embargo, obsesionado como está por el ansia de resultados, acaba irónicamente sin lograr disfrutar de lo que hace, aunque se dedique a un oficio que en principio le gustaría. «Atrapado en un “yo ideal” inalcanzable»⁸, acaba consumido por el trabajo igual que un esclavo⁹. De ahí, según el filósofo coreano¹⁰, la difusión de la *depresión* y el *burnout*:

El lamento del individuo depresivo, “nada es posible”, solamente puede manifestarse dentro de una sociedad que cree que “nada es imposible”. No-poder-poder-más conduce a un autodestructivo

6 «La supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad; más bien hace que libertad y coacción coincidan. [...] El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en autoexplotación. Esta es mucho más eficaz que la explotación de otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad. El explotador es el mismo explotado. Víctima y verdugo ya no pueden diferenciarse. [...] Las enfermedades psíquicas de la sociedad de rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica» (BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, op. cit., p. 32).

7 Aquí me permito señalar que la actitud que tiene el sujeto de rendimiento en relación con el trabajo entendido como profesión tiende a convertirse (o expresa por el contrario) una postura espiritual y psicológica totalizadora que influye en todas las esferas – vida moral, relaciones familiares, vida sexual, relaciones sociales, etc. Véase, en este sentido, BYUNG CHUL HAN, *La agonía de Eros*, Herder, Barcelona 2014.

8 *Ibidem*, p. 95.

9 En la jerga marxista, se diría que el sujeto de rendimiento está tan *alienado* como el obrero del siglo XIX, pues él también tiende a identificar el valor de su persona con el producto de su acción.

10 Vale la pena señalar que Corea del Sur es el país donde, si no me equivoco, se sigue registrando el mayor número de horas de trabajo per cápita del mundo (o uno de los más altos).

reproche de sí mismo y a la autoagresión [...] ¹¹ El sujeto obligado a aportar rendimientos se explota a sí mismo hasta quemarse del todo (burnout). En ello se desarrolla una autoagresividad que rara vez no se recrudece hasta llevar al suicidio. El proyecto resulta ser un proyectil que el sujeto obligado a rendir dispara contra sí mismo ¹².

Un trágico ejemplo reciente de la perspicacia de este diagnóstico aún lo tenemos todos ante nuestros ojos y en el corazón. Cómo no pensar en esa pobre chica de 19 años que se quitó la vida en el baño de la universidad porque se sentía una fracasada. Sin duda, siempre es equivocado y reductivo explicar una tragedia mediante el contexto social o cultural. Toda historia humana es un misterio único e irreplicable, en cuyo abismo solo la mirada de Dios puede entrar de verdad. Sin embargo, la pregunta surge espontánea: ¿cómo es posible sentirse fracasada con *solo 19 años*, cuando todavía se tiene toda la vida por delante? Es posible –me atrevería a sugerir– si se vive en un ambiente donde de la mañana a la noche eres bombardeado por un único y martilleante mensaje: tú eres tu *performance*.

Segundo aspecto: la referencia de Han a la astucia del régimen neoliberal no puede dejar de hacernos pensar en el ser astuto por excelencia, la serpiente antigua (Gén 3,1 ss; Ap 12,9), el “Faraón de los Faraones”. En efecto, el (neo)liberalismo parece realizar mejor que cualquier otra ideología precedente el sueño de todo faraón que se precie, que es el de tener esclavos que no sepan que lo son y entonces lo son aún más. No en vano, Juan llama al diablo padre de la *mentira* (Jn 8,44). En efecto, el arma del gran enemigo de Dios y del hombre es desde siempre el engaño, el espejismo, la mentira. Ahora bien, ¿dónde está aquí el centro del engaño? Llegamos así al tercer punto.

11 BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, op. cit., p. 30.

12 BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, op. cit., p. 96.

3. La raíz del malestar: el *self-made man* y el olvido del Dios *todo en todo*

El error –decía Chesterton– es una verdad que se ha vuelto loca. Es decir, una media verdad, una parte de la verdad que se absolutiza como si lo fuera todo. No en vano la palabra *Diablo* (*de diabolus = dividir*) significa *divisor*. El Diablo es *divisor* de muchas cosas: divide al hombre de Dios, a la mujer del marido, al amigo de su amigo, etc. Pero antes aún –basta leer atentamente el relato de la caída en Gén 3,1-7 para darse cuenta– divide en el sentido de que instiga a dividir una de otra *las partes* de la verdad total, llevándonos a agigantar una y *olvidar* otras. Eso es la idolatría. La idolatría no es solo adorar estatuas y becerros de oro¹³. Es, en cambio y sobre todo, agigantar una parte, una parte que reluce y atrae la mirada, acabando por identificarla arbitrariamente con el todo.

Ahora bien, en nuestro caso, ¿cuál es esa parte de verdad agigantada? Esta: efectivamente, es verdad que el hombre está concebido para poder incidir en la realidad, para mejorarla con sus obras; es verdad que el hombre no puede realizarse, no puede ascender –usemos una gran palabra bíblica– a la “gloria” para la que está hecho, es decir, a su estatura plena, sino desgastándose, trabajando para mejorar la realidad, haciendo uso de toda su genialidad y creatividad. A don Giussani le encantaba citar el salmo 8 para explicar esta idea:

*Si miro el cielo, obra de tus manos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para darle poder?*

13 Nótese que, según la Biblia, es rasgo distintivo del ídolo ser hecho por las manos de quien lo adora: «*En Horeb se hicieron un becerro, adoraron un ídolo de fundición; cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba*» (Sal 106,19-20). En efecto, bien mirado esto no solo es cierto dicho del ídolo en sentido literal (estatua, imagen, etc.) sino también de cualquier otra forma de idolatría, por ejemplo de la mujer amada, de un cantante, de un líder político, etc. En todos estos ejemplos, ciertamente se trata de “fabricación” metafórica o mental. Sin embargo, tratándose siempre de “fabricación”, puesto que al identificar cierta persona o cosa con mi dios, siempre soy yo el artífice de la transformación de esa persona o cosa no divina en divinidad.

*Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos*

¿Qué es el hombre? Una mota de polvo, parece una mota de polvo. Sin embargo, esa mota de polvo es «*coronada de gloria*» – dice el salmista. ¿Por qué? «Le diste el mando sobre las obras de tus manos». Esa mota de polvo está llamada a colaborar con el Creador de cielo y tierra para *llevar la realidad del mundo a su destino*, está llamando –usando una palabra estupenda del gran Tolkien– a ser *sub-creador*. Tolkien creyó tan seriamente en esta vocación que, con el material que le ofrecía el «mundo primario», se lanzó a crear todo un «mundo secundario», cuya belleza fascinó y no deja de fascinar a millones de lectores. ¿Hay vocación más grande que esta? El relato de la creación de Adán en Génesis 2 dice esto de un modo simbólico cuando nos cuenta que el Señor primero planta *Él* el jardín del Edén (Gén 2,8) y luego invita al hombre para que «lo guardara y lo cultivara» (Gén 2, 15). Como diciendo: el primer trabajador, el primer jardinero, el primer “labrador” no es Adán, sino el Señor. Por tanto, esto significa que cultivar, trabajar la tierra, no es una tarea de esclavos, como pensaban los babilonios, es decir, los enemigos culturalmente más poderosos de Israel¹⁴.

Al contrario, es la más honorable de las tareas, pues quiere decir imitar al Señor de los Señores, al creador de cielo y tierra.

Pero aquí está la trampa: decir *sub-creador*, ateniéndonos al término utilizado por Tolkien, significa decir que el hombre está llamado a trabajar una tierra que para empezar no hizo él, sino que Otro ha puesto en sus manos. Yo no puedo hacer nada «con nada» ni «de la nada». Mi trabajo siempre se aplica a algo que no

¹⁴ En los mitos babilonios, los dioses también ponen a los hombres a trabajar la tierra. Pero allí en calidad de esclavos, haciendo el trabajo “sucio” que los dioses no quieren rebajarse a hacer. En la Biblia todo eso da un vuelco. Es Dios quien planta el jardín y se lo dona al hombre para que lo disfrute, donde la paradoja está en que parte de ese “disfrute” reside exactamente en el hecho de ser llamado a colaborar con el Creador para hacer del mundo un jardín cada vez más hermoso. Me permito remitir, para profundizar en este punto, a P. PROSPERI, *Sulla caduta degli angeli. Indagine sulle origini del male*, Marcanum Press, Roma 2023, pp. 166-168.

he hecho yo – empezando por ese algo que soy yo mismo, como don Gius nos repetía siempre: «yo no me hago a mí mismo», aunque también es verdad que depende de mí el intentar cada día mejorar, ser alguien mejor.

¿Por qué es importante tener esto presente? ¿Por qué es importante *hacer memoria* de esto, usando la preciosa fórmula giussaniana? (Digo que es preciosa porque la expresión *hacer memoria* dice que no olvidar ya es una acción, un hacer, y por tanto es el trabajo más importante que hay: efectivamente, este que está aquí sentado a mi derecha, ¿qué hace, es consejero de administración? No, ¡en primer lugar es *Memor Domini!*). Es importante por varios motivos, pero aquí destaco uno: porque hacer memoria de esto (del hecho de que lo que tengo en mis manos me lo ha dado Otro) no quita “gloria”, es decir, “peso, importancia”¹⁵ a mi acción, ni a mí mismo. Al contrario, es lo que me permite percibir cuán grande es esta “gloria”. Lo que da un peso infinito a mi acción, en efecto, no puede ser *qué hago* o *cuánto hago*, porque lo que hago siempre es algo finito. Aunque sea Novak Djokovic y gane 22 torneos slam, sigue siendo un número finito (de hecho, luego llega otro que gana 27 y yo me deprimó). Lo que hago siempre es algo finito. ¡Pero tengo sed de una gloria infinita! De ahí ese hacer sin que nunca llegue la gratificación, que tan bien conocemos. «El sujeto –sigue diciendo Han– se encierra en una *rueda de hámster* que gira cada vez más rápido sobre sí misma»¹⁶.

¿Hay algo entonces que pueda rescatar mis acciones de esa finitud, existe algo que pueda dar a mi acción un valor verdaderamente infinito? Sí, existe, como saben aquellos entre nosotros que lo han experimentado: algo que introduce el *gusto* de lo infinito en la acción –cualquier acción, hasta la más pequeña y humilde– es vivirla como respuesta amorosa a la voz del Infinito que me llama a esa acción. Con palabras pobres, eso significa vivir la *memoria de Dios*.

Bien mirado, en la raíz de lo que hemos llamado *sujeto de rendi-*

15 En hebreo gloria se dice *kabod*, que significa justamente “peso” (come cuando se dice: esa es una persona de “peso”, es decir, cuya presencia y palabra “pesan”).

16 BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, op. cit.; la cursiva es mía.

miento encontramos justo lo contrario de esta memoria, es decir, el «*olvido del Dios todo en todo*» – como dice la potente expresión de la Escuela de comunidad que estamos trabajando. La palabra clave aquí es precisamente la palabra *olvido* porque describe con exactitud la dinámica de una negación que no es teórica sino práctica, existencial. Fijaos que en la Biblia (precisamente el salmo responsorial de la misa de anoche lo decía y lo repetía) es el primero de todos los pecados, podríamos decir el padre de todos los pecados. ¿Qué quiere decir olvidar? No significa olvidar que algo sea verdad sino *no pensarlo, no mirarlo*, es decir, *vivir como si no existiera*. De este modo, puedo ir a misa todos los domingos e incluso todos los días pero *vivir como si Dios no existiera*, es decir, como si toda mi consistencia, o mi gloria, mi “peso”, aquello que *me da un “nombre”*, residiera *solo* en lo que he hecho, hago y haré, y no *también* en lo que soy *más allá* de mi hacer. ¿Qué soy más allá de mi hacer? Soy el “resultado” de un continuo Acto de amor que me elige – *continuo* porque yo no recibí el ser hace 48 años y ahora sigo adelante yo solo mientras la batería se va descargando. No, yo soy *continuamente* “sacado de la nada” por Otro que me hace, que me da el ser. Pues bien, olvidar el *Dios todo en todo*, existencialmente hablando, quiere decir esto: *vivir como si fuera yo quien me hago (ese es el self-made man)*, y no «Tú-que-me-haces». La ironía está en que el paso siguiente a este olvido es exactamente la pérdida del *gusto del hacer*.

Las consecuencias de la pérdida de ese gusto las conocemos bien: inseguridad, estrés por el rendimiento, competencia, envidia, celos (que detestamos pero que existen), incapacidad para alegrarse por el éxito de otros (es decir, una caridad genuina con el prójimo), un narcisismo que corroe como un gusano no solo nuestra relación laboral sino también con los demás (lo que es peor) – porque si mi “consistencia” o mi “gloria” reside *en mi performance*, entonces viviré continuamente necesitado de alguien que me aplauda y reconozca mi *performance*, que me diga: «¡qué grande eres!» (¿acaso no pasa esto también en la relación entre nosotros demasiado a menudo?). Los demás, como en el mito de narciso, se convierten en espejos donde necesitas mirarte con-

tinuamente buscando la confirmación de lo que vales. Las relaciones se corrompen así desde dentro, nos usamos sin quererlo, incluso contra nuestra propia voluntad. Porque a uno le gustaría ser gratuito, puro, sincera y gratuitamente apasionado por el bien del otro, pero en cambio percibe dentro de sí esta maldita necesidad de verse afirmado por los demás, que se insinúa sutilmente en todas las relaciones volviéndolas terriblemente políticas, enturbiándolas y haciéndolas ambiguas. «¡Desgraciado de mí! –dan ganas de gritar con san Pablo– ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7,24-25).

4. Nosotros hemos contemplado su gloria: Cristo camino, verdad y vida

Cualquiera puede intuir (incluso quien no haya tenido un encuentro como el nuestro), aunque sea *confusamente* puede intuirlo igualmente, que esta vida no es la vida para la que está hecho nuestro corazón. El corazón quiere otra cosa: «Cada cual concibe confusamente y desea un bien en el que se recrea el alma»¹⁷: *en el que se recrea el alma*, es decir, donde encuentra descanso, paz, libertad verdadera. Cada cual *confusamente* sabe que está hecho para una “*gloria*” que es otro tipo de gloria que la que la sociedad del rendimiento nos empuja a perseguir – en el trabajo, en las relaciones, tal vez hasta en el movimiento (!), mediante la búsqueda de cargos y honores. ¿Qué *gloria*? Es la pregunta de las preguntas: ¿cuál es la gloria que el corazón desea verdaderamente? La respuesta es sencilla, aunque hace falta «haber recibido una gran gracia», como dice Péguy, para que no resulte extraña: esa gloria que Juan y Andrés, Simón Pedro y todos los demás vieron brillar en la carne del hombre Jesús:

Y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14c-d)

17 DANTE ALIGHIERI, *Purgatorio*, XVII, vv. 127-128.

En el hombre Jesús de Nazaret por fin hace aparición en la escena de la historia la *verdadera vida*, la *verdadera gloria*, esa vida y esa gloria que nuestro corazón desea desde siempre, pero que por sí solo no podría alcanzar, ni siquiera imaginar, si no se la hubieran puesto delante, como se puso ante los ojos de Juan, Simón Pedro y su hermano Andrés.

Intentemos ahora decir algo de esta gloria. Balbuceos, sin duda, pero debemos intentarlo [porque al final solo hay dos cosas – como dijo una vez don Giussani– de las que vale la pena hablar: el objetivo de la vida y el camino para llegar, la meta y el camino]¹⁸. Y Cristo, como estamos viendo en la Escuela de comunidad, el hombre Jesucristo es ambas cosas: «yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). «Yo soy la vida» quiere decir: «yo soy la meta, el objetivo», porque el objetivo para el que estás hecho es entrar cada vez más en mi vida, es decir, en mi mentalidad, *en mi punto de vista* sobre la mujer, sobre el trabajo, sobre todo. Este es el objetivo, pues de lo contrario Cristo, la familiaridad con Cristo sería como un hermoso castillo en el aire que está ahí pero no se entiende bien lo que es¹⁹. Pero Cristo dice también: «Yo soy el camino». Soy el camino porque mirándome a mí, siguiéndome a mí, *permaneciendo* conmigo es como podrás entrar en mi vida. Así fue con los primeros: «y se quedaron con él aquel día» (Jn 1,39). Así es para nosotros. Por eso debemos ayudarnos a mirar a la cara a este Cristo. Estamos juntos para esto.

Volvamos a intentar, por enésima vez, identificarnos, como nos enseñó a hacer don Gius, con los primeros que lo encontraron, Juan y Andrés. Cuántas veces nos invitó don Giussani a imaginar lo que pasó aquella famosa primera tarde que Juan y Andrés

18 «Hablar idealmente de la vida quiere decir identificar la finalidad de la vida y el camino para alcanzarla. Y esta finalidad de ninguna manera la pensamos o la imaginamos nosotros mismos, sino que se nos da» (L. GIUSSANI, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2008, p. 58).

19 «Nada más levantarnos, la fe nos abre a una mentalidad distinta de la que nos rodea al salir de casa (o aunque nos quedemos en casa): una mentalidad distinta (ya que la mentalidad es el *punto de vista con el que el hombre enfoca todos sus actos*). (...) El primer modo de influir en la vida del hombre que tiene esta imitación de Cristo (...) es que produce una mentalidad nueva, una conciencia nueva, que no puede reducirse a ninguna ley del Estado o costumbre social: una conciencia nueva que es fuente y reflejo de una relación auténtica con lo real, en todos los detalles que implica la existencia» (L. GIUSSANI, *Dar la vida por la obra de Otro*, op. cit., pp. 86-87).

pasaron con Él, cuando fueron y vieron «*dónde vivía*» (Jn 1,39). Pues bien, permitid que me atreva a hacer una variación respecto al relato de don Gius. Imaginemos que no solo lo hubieran «visto hablar». Imaginemos que Jesús también les enseñó su oficina, vamos a llamarlo así, donde se pasaba tantas horas, jornadas enteras, a veces por las noches, durante su primera juventud, tallando sillas, mesas, arados y demás, en compañía de José. En efecto, resulta improbable que hiciera eso aquella tarde (tan improbable como que la casa donde les llevó aquel día fuera en Nazaret, dada la distancia que había). Pero imaginemos que lo hiciera alguna otra vez, más adelante, cuando Juan y Andrés ya eran sus discípulos y él ya había empezado a hacer milagros y era el hombre del momento, buscado y venerado por las multitudes. Imaginemos el asombro, más aún, el desconcierto de Juan –que era el más reflexivo, el más profundo de los discípulos– al ver el cuidado extremo, la meticulosa paciencia con que el maestro dedicaba una jornada entera a tallar una silla –*una sola silla* (!)– que quería hacer para fulano de tal mientras fuera había una multitud de miles de personas esperando ver alguno de sus milagros. «¡Pero cómo, si todos te están buscando!». Pero él ahí, talla que te talla... Imaginemos a Juan mirando alrededor, observando las herramientas, una a una, y viendo pasar ante sus ojos, como un veloz *flashback*, todos los años que Jesús había pasado allí, en el anonimato, puliendo mesas – él, que con un chasquido de sus dedos podía alimentar multitudes, él que con la fascinación de su voz podía hechizar al mundo entero. ¿Por qué? Juan no comprendía. En ese momento no comprendía. Comprendió después, muchos años después, con la ayuda del Espíritu (cf. Jn 16, 12-15), porque sin la ayuda del Espíritu –puede parecer un paréntesis, pero no lo es en absoluto– no se comprende nada de Cristo, y de hecho don Giussani siempre nos dijo que no existe ninguna oración, ninguna jaculatoria más importante para nosotros que esta: *veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*. Nada es más importante que mendigar al Espíritu, porque sin Su ayuda nos quedamos siempre en la antesala, sin entrar en el corazón de la cuestión, nos quedamos siempre al inicio esperando siempre lo

mismo, como los niños que siempre están esperando la merienda, incluso cuando tienen delante el bistec más sabroso y nutritivo del mundo. Y bien, ¿qué es lo que Juan comprendió *después*? Comprendió que la gloria que Jesús buscaba no era como la que buscaban los fariseos y los escribas. Era una gloria distinta.

¿De qué gloria se trataba? «Y hemos contemplado *su* gloria: *gloria como del Unigénito del Padre*». Era una gloria de Hijo, gloria de alguien para quien todo honor, todo orgullo, toda satisfacción consistía en responder a su Padre, entregándose instante tras instante en la tarea que el Padre le daba, ya fuera dar de comer a cinco mil personas o cepillar una mesa para el señor X. En este sentido, ¡qué bonito es el principio del Padre nuestro! «Orad así: Padre nuestro que *estás en el cielo*». *Que estás en el cielo*. ¿Por qué *en el cielo*? Porque el cielo es la vastedad infinita y al mismo tiempo es luz, fuente de luz que ilumina las cosas. No sé si habéis estado alguna vez en Palestina y habéis visto cómo aparecen las siluetas de la gente, cuando estás en el desierto y tienes de fondo la inmensidad del cielo. Padre nuestro que *estás en el cielo* significa: Padre, que estás en ese fondo que envuelve de luz y de infinito todas las cosas, el rostro de la Magdalena y el del leproso, la multitud hambrienta y la madera de la mesa para el señor X.

Todo era grande para él, todo. También –aunque habría que decir más aún– la tarea más oculta, humilde e incluso humillante, mortificante. ¿Por qué? Porque «cuanto más silencioso, mucho más amor»²⁰ – escribe don Giussani en una de sus potentes cartas juveniles a Angelo Majo. Porque justamente esa tarea le permitía desencadenar mucho más «su gloria de Hijo», es decir, mostrar *hasta qué punto* era Hijo, *hasta qué punto* amaba al

20 «El amor se encierra solo en el acto que estamos realizando: cualquier acto; y cuanto más silencioso y limitado respecto al deseo desbordante y expansivo del corazón, mucho más “amor”» (L. GIUSSANI, *Cartas de fe y amistad. Una correspondencia sacerdotal*, Encuentro, Madrid 2010, p. 48). En una carta anterior, el joven Giussani ya había insistido en la misma idea, aplicándola al estudio. «Y ahora vuelvo a mis libros, y pienso que, desde marzo hasta hoy, [...] estoy aplicándome al estudio con una intensidad extrema, en todo semejante a la de la selectividad clásica. ¿Estoy cansado?... Esta limitación, esta soledad, esta silenciosa y fatigosa renuncia a la expansión viva de la impetuosidad del afecto que bulle en mi corazón, es verdaderamente un gran sacrificio. Lo haría durante toda mi vida. Precisamente porque es puro sacrificio, sacrificio agudísimo, silencioso e ignorado sacrificio» (*ibidem*, pp. 42-43).

Padre; y al mismo tiempo mostrar *hasta qué punto* la caridad, es decir, la pasión por el bien de cada hombre brotaba en él de la paz de esta Filiación. «¡Venga Señor, haz un milagro delante de todos para que el mundo crea!» (cf. Jn 7,4). Pero no: hoy nada de milagros. Hoy toca tallar madera. ¿Por qué tallar hoy? Para que el señor X también sepa que vale igual que los otros cinco mil, para que el señor X sepa que vale la jornada del Rey.

Para decirlo todo, su forma de hacer milagros también solía resultar extraña. Como aquella vez en Caná de Galilea, cuando transformó el agua en vino, su primer “gran” signo. Aquel con el que –tal como cuenta Juan– por primera vez *manifestó «su gloria»* (Jn 2,11). ¡Lástima que entre los presentes en la fiesta muy pocos se enteraran de lo que había hecho, pues quien se lleva a casa las alabanzas del mayordomo por ofrecer un vino tan exquisito es el novio y no Él!²¹ Una extraña manera de «manifestar la propia gloria»... Tan extraña que surge espontánea la pregunta: ¿pero qué gloria es esta? «*Su gloria, (...) llena de gracia y de verdad*» (Jn 1,14b). Una gloria distinta de la que los hombres buscan, es cierto. Y sin embargo, a fin de cuentas, la única gloria verdaderamente «llena de gracia y de verdad», la única gloria que corresponde verdaderamente al corazón, a nuestro corazón.

¿Cuál es la gloria para la que está hecho el hombre? Según la Biblia, como sabemos, la respuesta es: hacerse semejante a Dios, parecerse a Dios (Gén 1,27). ¿Pero qué quiere decir parecerse a Dios? Esta es la verdadera pregunta. De hecho, si Cristo no hubiera venido, no tendríamos más que una vaguísima idea de lo que esto significa. Sencillamente porque «a Dios nadie lo ha visto jamás» (Jn 1, 18). «A Dios nadie lo ha visto jamás», escribe Juan al final del prólogo de su evangelio. Nadie excepto él, el hombre Jesús, «el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18) – él ha visto a Dios, lo conoce y por ello se mueve como un hombre de la manera en que se mueve: para imitar a ese Dios que Él ha visto, para reflejar en cada gesto suyo, en cada movimiento suyo,

21 «El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al esposo y le dijo: “Todo el mundo pone primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora”» (Jn 2,9-10).

la gloria de ese Dios que solo Él ha visto. ¿Y cómo es ese Dios? ¿Qué es a fin de cuentas lo que solo Él sabe de Dios mientras que los fariseos, que se saben de memoria las Escrituras enteras, no lo saben? Que Dios es caridad, *Deus caritas est*, dice san Juan²². Dios es *puro don de sí*, traduce don Giussani²³. Lo que Jesús sabe y los fariseos y escribas no saben es que la gloria del Dios verdadero es gloria de un Dios cuya alegría, cuya vida no consiste en otra cosa que no sea donarse por entero, toda Su sustancia, a Otro, al Hijo. Dios es caridad, don de sí total. ¿De qué goza el Padre? La alegría del Padre está por entero en dar al Hijo *todo lo que es suyo*. Esto es lo que Jesús sabe y sus enemigos ignoran.

Llegados a este punto, podríamos objetar: ¿pero qué cambia en mí el hecho de saber o no saber “cómo es Dios”? ¿Cambia todo! Porque, como decíamos, todos aspiramos a “ser como Dios”, poco se puede hacer. No solo los fariseos y escribas, nosotros también. Conscientemente o no, es lo que todos deseamos. ¿Es un error? No, no es un error. Dios nos ha hecho así: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), dice el Génesis. El problema es otro. El problema es que sin Cristo, sin la gracia del encuentro con Él, es como si fuera imposible llegar a entender qué quiere decir «ser como Dios». Y eso pasa, como hemos dicho, ¡porque no conocemos a Dios! Jesús en cambio lo conoce, como Él mismo repite continuamente en sus conversaciones con los fariseos que leemos en misa estos días: «Si dijera “No lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra» (Jn 8,55). «Lo conozco, creedme, ¡lo conozco! Por eso me muevo como me muevo, voy donde voy y hago lo que hago». Porque conoce al Padre, Jesús busca la gloria que busca. ¿Qué gloria? La gloria que encuentra sirviendo, entregándose totalmente para que Juan viva, para que Simón viva, para que Andrés viva, igual que el Padre encuentra Su gloria generándole a Él, amándole

22 «¿Cómo se explica la naturaleza de Dios, cómo nos la ha explicado Él, más allá de todas las imágenes que hayan podido construir las filosofías humanas? Una fuente del ser que se da por entero, generando de este modo al Hijo y desbordándose de esta relación una energía amorosa y conmovida idéntica a la suya, que es el Espíritu Santo. Y, de hecho, san Juan dice que *Deus caritas est*, Dios es amor» (L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 248).

23 Cf. L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 236-238.

a Él. «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo» (Jn 15,9a).

Para mí, no hay en todos los evangelios una escena donde todo esto se exprese de una forma más potente y sobrecogedora (no en palabras, entendedme, no con palabras sino con un gesto, una acción) que el lavatorio de pies, tal como narra el capítulo 13 del evangelio de Juan. Acabamos poniéndonos delante de esta escena, que es sin duda el icono supremo de una concepción nueva del trabajo, más aún, de un gusto nuevo en lo que se hace, que Cristo ha traído al mundo y que poco a poco se comunica por ósmosis hasta llegar a nosotros, si tenemos la sencillez de estar con Él, de permanecer pegados a Él, presente en nuestra compañía:

*[2] Estaban cenando, (...) [3] y Jesús, sabiendo que el Padre **había puesto todo en sus manos**, que venía de Dios y a Dios volvía, [4] se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; [5] luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.*

Subrayo brevemente un par de cosas a propósito de estas pocas pero grandiosas líneas. Primer subrayado: «*Estaban cenando*». En los detalles particulares aparentemente marginales, Juan siempre deja ver algo más grande. Como hace aquí: no *antes* de la cena ni *después* de la cena. Jesús se levanta para lavar los pies a los suyos *durante* la cena – parece absurdo, insensato. ¿Pero cómo? ¿Te levantas para lavar los pies a los tuyos en medio del banquete? «Sí, quiero hacerlo en medio del banquete». ¿Por qué? ¿Pero si es obvio! Para decirle a los suyos que para él, para el hombre Jesús, lavar los pies a los suyos es un placer, una acción que hace con gusto, con tanto gusto como prueba una copa de buen vino.

Segundo subrayado: *sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos* (sabiendo que había llegado el momento de asumir el trono que le esperaba, sabiendo que estaba destinado a reinar sobre el mundo entero), *que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena*, etc. (...).

«*Sabiendo que*»: aquí tenemos uno de esos raros momentos en

los que Juan es como si nos permitiera asomarnos por un instante en el corazón humano de Cristo, ese corazón a cuya intimidad él, el discípulo amado, accedió más que cualquier otro – recuerdo, a modo de inciso, que Juan no solo era el que estaba más cerca de Jesús durante la cena, sino que además escribe su evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo, por lo que no nos está contando patrañas. ¿Y qué nos dice? Que el Señor, en un momento de la cena, está tan dominado por la conciencia de que ya ha llegado Su hora, la hora en que debe llevar a cumplimiento la obra que el Padre le ha confiado, antes de volver a Él, que es como si ya no pudiera seguir estando ahí sentado o recostado. Debe decir a los suyos lo que va a hacer. Más que decir, debe hacer un gesto, un gesto que sea como el símbolo de lo que va a hacer – su gran obra, la obra que le dará el poder sobre todo el universo, que es la muerte en cruz (!). ¿Y cuál es este gesto? «Se levanta de la cena» –imaginemos a este Jesús que se pone en pie, totalmente consciente de su regia misión– se levanta de la cena... ¿y qué hace? «Se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos». ¡Ahí va! ¿Cómo se combina la imagen de este Jesús que se pone en pie con la actitud propia de un soberano que parecía que iba a hacer quién sabe qué y se pone a hacer un gesto que es propio de un esclavo? Pues así es, porque esto es lo que, para Jesús, quiere decir tener «todo en sus manos», (Jn 13,3): usar sus manos “venerandas” para lavar los pies a los suyos.

Esta es la revolución cristiana, la revolución que Cristo introduce en el mundo al concebir no solo el trabajo entendido como profesión sino cualquier acción, todo eso está aquí, en este cambio de perspectiva por el que una acción que a los ojos del mundo parece humillante, mortificante, se llena de gloria, de grandeza y por tanto de gusto – un gusto que es incomparablemente superior al mayor éxito profesional.

Permitidme ahora que os lea, casi como un corolario de todo el recorrido que hemos hecho, una carta (la recibí ayer) que me ha enviado un amigo de Boston. Se llama Luca y ha estado enfermo por una grave leucemia durante el periodo en que su mujer

esperaba a su tercer hijo. Así describe Luca lo que ha vivido y aprendido durante ese tiempo tan misterioso de enfermedad: «Quiero contarte la experiencia que he vivido durante los últimos dos años, desde que en octubre de 2020 me diagnosticaron una leucemia aguda y me ingresaron para la quimioterapia y el trasplante de médula, todo en el arco de un par de meses, cuando mi mujer estaba embarazada de ocho meses de nuestro tercer hijo, Carlo, que se llama así por el beato Carlo Acutis, que ha colaborado en mi curación [además su sepultura está aquí, en Asís]. Carlo nació cuando yo estaba ingresado con tres días de aislamiento total después del trasplante. Durante muchos meses estuve muy débil, incapaz de hacer nada, ni construir un “lego” con Giovanni, nuestro hijo mayor, que ahora tiene nueve años. Me he preguntado muchas veces qué valor tenía yo en esa situación; en un mundo en el que no puedes hacer nada, no eres nada. A los tres o cuatro meses del trasplante salí por primera vez al jardín, caminaba a duras penas. Giovanni se me acercó y me dijo: “venga papá, vamos a jugar al fútbol”. Esto me hizo volver a entender quién soy: para él yo era sencillamente su padre. No tenía la más mínima conciencia de lo debilitado e incapacitado que estaba. Comprendí que uno descubre su valor por cómo le miran los que le aman, que es signo de Cristo que me ama. Solo en relación con un amor gratuito, puedo entender mi verdadero valor».

Viernes 24 de marzo

FRAGMENTOS DE LA PRIMERA ASAMBLEA

Angelo. Reacciono a la lección de esta mañana. Estoy de acuerdo con la descripción que has hecho del riesgo inherente al trabajo. Me identifico mucho, sobre todo cuando decías que el gusto nace cuando vives la acción como vocación, como llamada de Dios en ese instante. Para mí es algo muy cierto, y es la única postura que me hace libre y me permite arriesgar porque tenemos la tentación –sobre todo en el trabajo– de no implicarnos y no arriesgar. Pero, en mi experiencia, esta conciencia a veces está y otras veces no. Es como si fuera con altibajos: hay momentos de conciencia y momentos de niebla. Tú decías que es decisivo hacer memoria, y me gustaría entender bien –por lo que vosotros vivís– cuál es la dinámica de la memoria, ¿cómo sucede?

También me pregunto cómo la vida de la Fraternidad, el grupo de Fraternidad, puede ayudar a hacer memoria. Creo que no llego a comprenderlo, que no lo vivo plenamente, siendo ese el potencial que Giussani veía en la Fraternidad, tal como la pensó.

Francesco Cassese (Camu). Habría mil cosas, pero empiezo por una que me preocupa especialmente, que afecta tanto a la responsabilidad del carisma como a la memoria. Es la pregunta que me planteo y que os planteo: ¿vosotros deseáis vivir la memoria? ¿Deseamos vivir la responsabilidad del carisma? Porque esta es una condición sin la cual no vamos a ninguna parte. En el libro *Si può (veramente?!) vivere così?* hay un momento en que un *Memor Domini* le pregunta a don Giussani cómo es posible vivir la memoria en cada instante, en cada momento. Porque uno tiene que trabajar, tiene que concentrarse en los dientes si es dentista o en las cuentas de su organización... Don Giussani le da esta respuesta, que me parece una de las más bonitas que he oído nunca: «¿Entonces qué tengo que hacer?»; ¿cómo responde el Dios que

envió a Jesús para revelarnos la esencia de su verdadera naturaleza? Dice: “Es *imposible* que lo pienses en cada acción, y *tampoco es necesario*”» (p. 429). Es decir, ¿cómo es posible vivir la memoria en cada momento? ¿Cómo es posible evitar esos altibajos de conciencia, pensar en Él mientras estamos haciendo lo que hay que hacer? Es imposible; es imposible, pero tampoco es necesario: vivir la memoria no significa distraerse de lo que tenemos que hacer en ese momento. Y añade: «“No se puede pensar en ello en cada acción”. Memoria no significa que en cada acción esté pensando en Él; ni siquiera es necesario que así sea. Es necesario que tú lo *ames*» (p. 430). Es decir, que deseemos esto, que empecemos a pedir esto, por eso uno puede levantarse por la mañana y decir: «Señor, te olvidaré quince veces, mil veces a lo largo de la jornada, pero yo quisiera acordarme siempre de Ti, querría que toda mi vida pudiera ser esta memoria».

Y esto vale también –es la primera vez que lo pienso– para la responsabilidad. En primer lugar, la responsabilidad es el deseo de poder decir «sí» a Alguien que me llama. Pero no nos podemos saltar este nivel: ¿os interesa esta memoria? ¿Me interesa esta memoria? ¿Te interesa esta responsabilidad? ¿Te interesa este «sí»? ¿Me interesa este «sí»? De lo contrario –me remito a la lección de Paolo esta mañana– hasta la memoria sería una cuestión de *performance*, nos generaría estrés por tener que dar la talla... como no Lo recordamos lo suficiente tenemos que meterlo con calzador. No, la memoria es decir al Señor: «Me interesas». A Él también le interesa esto, y basta, no tanto que Lo recordemos 150.000 veces al día.

Paolo Prospero. Lo que has dicho me parece un corolario interesante, que tiene que ver con lo que comentaba en la lección de esta mañana, cuando subrayaba que la expresión giussaniana «hacer memoria» nos recuerda que la memoria es una acción, y como tal requiere de energía, de una fuerza. Pienso en el salmón, que para reproducirse remonta la corriente, nada contra corriente. Tú lo ves y te sorprende, verlo ir contra corriente te sorprende, y dices: «¡Guau! ¡Qué bonito! ¡Qué fuerza!».

Tal vez haya que invertir la perspectiva. Ciertamente, decaer es inevitable, es un hecho. De hecho, olvido. La sabiduría de la Iglesia nos dice que es la consecuencia inevitable (¡inevitable!) del pecado original. Si Adán y Eva no hubieran comido la manzana, tal vez podríamos vivir la memoria en cada instante. Pero la comieron, así que ya no es posible. Ni para el mayor de los santos. La verdadera cuestión, entonces, es preguntarse por qué Dios lo permitió. Dios no puede permitir un mal, solo en virtud de un posible bien mayor. Dios no puede permitir la culpa si esa culpa no puede transformarse (siempre respetando nuestra libertad, por supuesto, nada es automático) en *felix culpa*, es decir, en ocasión para revelar algo, una belleza, una gloria aún más espectacular que la que habría sin ese mal, sin que esa caída se produjese.

Pues bien, ¿cómo se aplica esta idea al problema del olvido inevitable (que de por sí es malo, ¡no es bueno!)? Se aplica en el sentido de que el Señor hace de este mal, de este olvido inevitable, la ocasión de que se desate en nosotros, por Su gracia, por la acción de Su gracia, algo tan asombroso que Él mismo goza al mirarlo, que Él mismo –como diría Péguy– se asombra. ¿Qué es ese algo? El hecho de que tú –aunque te olvides, aunque te pases los días inmerso en un ambiente lleno de olvido– una, dos, tres veces haces memoria de Él, remontas la corriente y, como el salmón, te acuerdas, ¡te acuerdas de Él! ¿Acaso no es aún más grande y más bello ese rescate continuo, este movimiento del salmón que todo lo que nada otro pez cualquiera que no hace más que seguir la corriente? Esto no hace que el olvido sea un bien. Igual que no hace que el pecado original sea un bien (¡seríamos hegelianos!). Más bien habría que decir que hace que ese mal sea ocasión de un bien, de una belleza, de una gloria que sin ese mal no existiría (igual que no existiría el amor de la cruz sin el pecado). ¿Me explico? Claramente es la gracia, es la acción de la gracia de Cristo lo que hace que esa belleza, que este salto del salmón sea posible. No nuestra fuerza. Sin embargo, la gracia hace estas cosas entre nosotros, es un don que nos hace, y nunca sin la colaboración de nuestra libertad, tu libertad y la mía, ¡que también es para nuestra gloria! ¿No es hermoso ser salmones y saltar como

salmones? ¿No es hermoso tener esta oportunidad? Entonces se entiende por qué Dios ama tanto nuestra libertad, ama tanto arriesgar por nuestra libertad, como dice Péguy. Más aún, por qué la ama hasta el punto de dejar que se vea arrastrada por corrientes que inevitablemente la alejan de su meta natural. Es el precio que Él paga para poder hacernos salmones, es decir, para obtener de nosotros la belleza, la grandeza y la generosidad de un acto de memoria que rema contra un mundo, un ambiente, una jornada en la que todo conspira para que caiga en el olvido... Es verdad, el precio del juego es que puedo olvidarlo todo el santo día pero, bien pensado, ¿existe algún amor así, un amor como el Suyo, que está dispuesto a caer en el olvido, dispuesto a ese sacrificio con tal de permitirme amarlo, buscarlo –como diría Péguy– «no solo libremente, sino gratuitamente»? ¿Acaso no es ese el mayor amor, la mayor estima, la mayor generosidad?

En el mismo instante en que se asume esta “perspectiva invertida” –¡probadlo a ver!– los escrúpulos se desvanecen (la memoria como *performance* de la que hablaba Camu) y empiezas a descubrirte agradecido, agradecido por tener este arriesgado campo de juego al que Cristo te relanza cada día, como una bola en la ruleta, apostando una vez más a que “sí, tal vez una, dos o tres veces salga mal, pero a la cuarta, ¡a la cuarta me recordará!”. Es el riesgo que asume el Misterio, que asume Cristo. Y es precioso. La vida así es bella, es más bella así que de otro modo, si no el Señor la habría hecho de otra forma. Al redimirla (puesto que en Cristo la redimió), le habría dado otro ritmo, otra estructura. Podía hacer que el Bautismo eliminase la necesidad de esta lucha diaria entre memoria y olvido; si hubiera querido, podría haberlo hecho: fuera el pecado original, ¡fuera esa tendencia al olvido! Pero no lo hizo (ha lavado el pecado original, dice la Iglesia, pero las consecuencias del pecado permanecen, como por ejemplo esa tendencia al olvido). Ha querido apostar un poco más por nosotros. Y eso es hermoso. «Bello es el riesgo», decía Píndaro.

Francesco Cassese (Camu). Añado algo más sobre la memoria. En la Escuela de comunidad, dice don Giussani: «El cristianismo

es un acontecimiento y, por tanto, está presente, está presente ahora, y lo que le caracteriza es que está presente como memoria» (*Dar la vida por la obra de Otro*, p. 74).

Os cuento una anécdota personal de hace unos diez años. Por motivos de trabajo estaba en París y me quedé un fin de semana con una familia de amigos del movimiento, dormí en su casa. Me dejaron una habitación donde había una puerta con un cristal traslúcido y por la mañana, al despertarme, vi a su hija rasgando el cristal y llamándome. Me desperté con esa dulzura de niña llamándome por mi nombre y en mi corazón sentí algo que decía: «¡Madre mía!». Sin tener hijos, pensé: «Si pudiera despertarme así todos los días, mi vida se transformaría». Fue lo primero que pensé. Y justo después pensé en la campana de mi casa, que suena para el rezo de laudes. «¿Acaso la campana no es para mí como esta niña? ¿No es Alguien que me está llamando? ¿No es Alguien que me convoca?». Y la respuesta es «sí», porque toda mi historia me lleva a decir: «Si no hubiera sido por esta Presencia, no habría entrado en el movimiento, no habría entrado en los *Memores Domini*, en definitiva no estaría aquí...». Desde ese día –cuando oigo el sonido de la campana por la mañana– todo ha cambiado: es como atravesar algo que antes no era signo, que antes me decía poco, pero ahora está atravesado por un hecho que ha entrado en mi vida, ha entrado en mi corazón.

La memoria funciona así, es una lucha continua, pero consiste en este cruce del pasado con el presente y del presente con el pasado, es decir, de un encuentro que he tenido y que se me devuelve todos los días con algo que sucede. La campana suena todos los días, y el trabajo de la memoria es exactamente ese trabajo que consiste en mirar la realidad y conocer *dentro* de la realidad un hecho que está sucediendo.

Matteo S. *Parto de una frase de la lección de esta mañana: «¿Qué soy más allá de mi hacer? Soy el “resultado” de un continuo Acto de amor que me elige». Mirando estos últimos años, si tuviera que preguntarme «¿quién eres?», respondería: «Soy un acto de amor gratuito, fruto de una preferencia». Cada decisión de mi vida ha*

sido una confrontación radical con alguien que me ha amado y me ama. Las decisiones más importantes han sido por una radicalidad afectiva, por razones afectivas. Respecto a qué significa para mí «vivir la responsabilidad del carisma», viendo estos dos meses desde que he vuelto a Italia, después de tantos años en Uganda, lo primero que me viene a la cabeza es que esta responsabilidad consiste en estar disponible para poder conocer lo que ya creo saber del carisma. Desde este punto de vista, el juicio del papa Francisco me ha llamado mucho la atención: «El potencial de vuestro carisma está todavía en gran parte por descubrir». Me ha llenado de agradecimiento porque me invita a hacer un camino afectivo de conocimiento, a descubrir cada vez más la originalidad de lo que he encontrado, es decir, a ir al origen. Me llena de entusiasmo poder seguir a alguien que intuye o ve en “mi” carisma algo que yo aún no veo. Me ha dado una gran paz.

El segundo punto se juega en mi seguimiento y obediencia, siempre respecto a la responsabilidad del carisma. En estos dos meses he visto en mí una paz que es mía y no es mía. Cuando Davide Proserpi me preguntó si estaba dispuesto a volver a Italia, me sorprendí diciéndole: «Dame veinte segundos», porque había entrado en mí un horizonte que me hacía estar inmediatamente disponible, disponible para verificar cómo obedecer al designio de Dios. Fui enseguida a ver a Rose (Busingye, ndr) y le dije: «Quiero obedecer a Dios, no quiero desobedecer a Dios». Ella me dijo: «No te preocupes, no estás desobedeciendo a Dios, no te vas a ninguna parte» [risas]. Se subió al coche y me dejó allí tirado. Estuvimos tres días sin hablar. A los tres días me llama y me dice: «Mira, la certeza y la belleza de lo que vivimos aquí no la hacemos nosotros, la hace Dios. Tal vez Dios desea verdaderamente que podamos compartir todo lo bello y cierto que vivimos con otros, con el mundo». Luego me dijo: «Es como si me cortaran los brazos, pero se sigue y se obedece con las piernas y con el corazón, así que adelante».

Esta obediencia y seguimiento me han impresionado mucho. Me he descubierto libre y en paz, no he encontrado ninguna reticencia, como pasa a veces, frente al signo con que Dios salía a mi encuentro. Lo contrario de eso es una paz que he sorprendido incluso al

dejar de manera virginal la obra que estábamos construyendo.

Otro aspecto de la responsabilidad del carisma es reconocer nuestra comunión como un acontecimiento que solo sucede delante de una verdad encarnada, como origen y como finalidad. Pongo un ejemplo banal. Un día, en la escuela que dirijo, paso por primaria y veo a dos maestras revisando una por una las cabezas de los niños en fila: «Aquí solo hay liendres, aquí ya han salido...». Habían encontrado piojos. Veo que en el aula hay una niña llorando y otros cuatro niños aparte. Le pregunto: «¿Por qué lloras? ¿Te dan miedo los piojos?», y dice: «No, lloro porque ellos sí tienen miedo a mis piojos». Se me encoge el corazón y le digo: «Mira, ¿sabes lo que hay en África?», y le enseño en el móvil las fotos de un nido de termitas que había enseñado a mis alumnos... Entonces levanto la mirada y veo a todos los niños alrededor mirando las fotos con nosotros. Ella había dejado de llorar y yo me fui. Es un ejemplo banal, pero me impresionó porque todos podemos tener piojos, pero un punto de verdad reconocido, dicho, genera unidad. Eso no quita los piojos, pero lo que hay entre nosotros es más fuerte que los piojos. Yo puedo mirar tus piojos porque estoy dentro de una experiencia que me pone en comunión contigo, tanto en el origen como en su destino. Por tanto, la responsabilidad es poder profundizar en el origen del acontecimiento de la comunión entre nosotros.

*Por eso hago una pregunta. Hay un texto sobre el juicio comunional, que sugirió hace tiempo Davide (cfr. L. Giussani, «Sobre el juicio comunional», *Litterae Communionis-Huellas*, n. 6/2001), que dice: «¿Por qué es necesario hacer un juicio? Porque el juicio guía, marca el camino. Pero hay algo que está antes que el juicio: el amor al camino y la voluntad de recorrerlo». ¿Cómo podemos ayudarnos en este amor al camino?*

Davide Prosperi. En un momento dado de nuestra historia advertimos un riesgo: el hecho de que el juicio común estuviera determinado sustancialmente por cierta “violencia”, de tal modo que uno decide y todos los demás asumen esa decisión de forma acrítica. No es que fuera así sistemáticamente –claro que no– pero se advertía como un riesgo porque a veces podía pasar.

No era algo teorizado, pero a veces sucedía. Y en un momento dado se generó una cierta ambigüedad porque parecía impuesto desde arriba. De ahí surgió la necesidad de una corrección en este aspecto. Entonces, si se ha hecho esa corrección, ¿por qué seguimos hablando de estas cosas? ¿Qué necesidad hay de volver a aclararlo?

Pongo un ejemplo para entrar en el problema. Cuando fui de luna de miel a Egipto, hice un curso de *windsurf*. Lo primero que te enseñan es a subirte en la tabla y después, a levantar la vela. Si no estás atento a dosificar tus fuerzas al subirla, corres el riesgo de que se caiga al agua y tú con ella. El riesgo histórico que podemos haber corrido recientemente es justamente el que describe esta dinámica. No es simplemente una cuestión de equilibrio, de saber medir tus fuerzas para no tirar demasiado de un lado o de otro. Se trata de otra cosa. Hace falta entender cuál es el origen de este juicio comunional en nuestra vida, es decir, qué es y de dónde nace. ¿Por qué no se trata solo de un equilibrio entre dos polos? Porque tanto si el juicio nace de una imposición que llega de lo alto como si prevalece en cambio la defensa de mi autonomía, lo que une estos extremos es el hecho de que entre tú y yo en realidad no hay una comunión real. Una comunión real implica que tú eres yo y yo soy tú, es decir, que lo tuyo es mío, que tu experiencia, tu dificultad y tu alegría es mi experiencia, mi dificultad y mi alegría. Implica que la vida entre nosotros es *compartida*. La palabra *comunión* indica que la concreción del *yo* contiene el *nosotros*. Entonces sí se empieza a entender que el juicio comunional no significa que alguien me dice cuál es el juicio del movimiento, sino que el juicio comunional emerge de nuestra comunión vivida, de la experiencia de nuestra comunión vivida. También el que guía expresa una comunión vivida, de lo contrario puede ser el mayor iluminado de la historia, alguien que te convence por las palabras que dice y te ilumina, pero al final vuelves a estar solo. Sin embargo, lo más grande de nuestra compañía es que uno, gracias a la relación que tiene con otro, ya no está solo.

En este momento, este es un aspecto decisivo también a nivel

cultural y es *original* respecto al contexto en que vivimos. Hoy estamos en la misma situación en que se encontraba nuestro mundo, Europa, cuando llegó Jesús. El mundo no era cristiano, estaba el Imperio Romano y todo estaba bajo el control del poder de Roma, para bien y para mal. ¿Qué pasó entonces? El sueño de Roma acabó y llegaron los bárbaros que arrasaron esta gran civilización como una onda expansiva dejando solo una tímida huella de las construcciones que había sobre el terreno... ¿Quién reconstruyó Europa? Las comunidades cristianas porque nadie más percibía la diferencia sustancial y real que había entre pensar cómo hacer frente individualmente a la enormidad del problema cultural, político y económico que estaba invadiendo el mundo, y concebirse en cambio como parte de un lugar generador del yo, donde se podía volver a empezar con una esperanza fundada para luego difundir juntos una energía constructiva que tenía su origen en dicha esperanza. Por tanto, debemos darnos cuenta de que esta concepción comunitaria de nuestra experiencia es un factor de novedad y de reconstrucción del mundo en que vivimos.

Francesco Cassese (Camu). Cuento algo que me ha pasado. Tenía que tomar una decisión personal y llevaba unos meses meditando una posible solución. Yo vivo en una casa de *Memores Domini* donde somos ocho. En un momento dado me dije: «Yo soy de estos amigos, yo pertenezco a estas relaciones». Así que una noche quise comentar en la cena esa decisión. Lo que significa que tienes que estar dispuesto a poner en cuestión la hipótesis que has tomado en consideración; no se trata de notificar al otro algo que ya has decidido. Se entiende perfectamente cuando, en cambio, finges estar preguntando algo que en realidad ya has decidido. El primer aspecto es una pobreza, donde yo no tengo nada que defender sino todo que ganar dentro de una pertenencia.

El segundo aspecto que quiero destacar es que el juicio que surge de una pertenencia te supera siempre, supera siempre lo que ya pensabas y supera a todos los que participan de ese juicio. Es un juicio tan original, tan generador, que supera a todas las personas

sentadas a la mesa: nace de algo completamente nuevo, en lo que puedo apoyarme y a lo que puedo obedecer. Es una experiencia que exalta tu razón y es la forma con la que el Señor nos conduce, nos guía... no es que por el hecho de juntarnos veamos más factores porque somos más de uno, sino que llega un momento, dentro de la pertenencia, en que sucede algo que supera a todos. Si no experimentamos esa conveniencia, el gusto de poder abandonarse a ese “otro más grande que nosotros” dentro de una comunión, siempre tendremos algo que defender. Hay mil maneras de fingir que estamos compartiendo las cosas, los juicios, estamos hasta arriba de todo. Pero lo que está en juego es la experiencia de una alegría, una libertad inconmensurable en comparación con lo que ya tenías previsto.

Paolo. Estos días hemos dicho que también corremos el riesgo de la performance viviendo la memoria. Recordaba, en la última presentación de la Escuela de comunidad, cuando monseñor Santoro hablaba de Rose, que le decía a su amiga Gloria: «Pide a la Virgen que hoy no te asustes al ver cómo se te presentará Cristo». Y Gloria ese día fue a una cárcel de menores pensando en esas palabras: «comprendí que la petición coincidía con la postura de mi persona, con mi gesto». Para mí este es un ejemplo evidente de lo que significa la memoria. Yo crecí con nuestro querido Fabio Baroncini, que sin medias tintas nos decía: «Haz lo que estás haciendo, pero hazlo bien. Y luego se dará lo que se dé». Si estás haciendo una cosa, hazla llevando dentro la pregunta por el sentido y el deseo de entender más porque a lo largo del camino –no como algo inmediato o por epifanía– esto te dará una mayor inteligencia de la realidad, y entenderás lo que puedas entender.

Pongo otro ejemplo. El otro día recibí una corrección bastante dura de mi presidente por algo que no había salido bien. Volví a casa en moto un poco aturdido, pensando que mi consistencia radica en lo que logro hacer bien y pensaba: «Carajo, no eres capaz de hacer nada», y esta idea iba invadiendo de manera sospechosa y diabólica todo lo demás. «En el fondo quizá tampoco sabes ser buen marido, ni buen padre»... En fin, un cortocircuito total. Al

día siguiente me desperté con una conciencia distinta: «Pero mi consistencia no está en lo que sé hacer. Mi consistencia está en Tu caricia gratuita a mi vida todos los días. Así que hazte ver». Pasaron dos cosas muy banales. En la cena le contaba a mi mujer lo sucedido, delante de nuestros cinco hijos. Desde ese día, la mayor me pregunta todas las mañanas y todas las noches: «Papá, ¿qué tal ha ido?», «Papá, ¡buena suerte hoy!». Esta sería la primera pincelada de lo que significa decir que Cristo sale a tu encuentro. Tú estás inmerso en todos tus pensamientos, en el torbellino de tus preocupaciones, pero estás atento para ver dónde Él acontece y Lo ves en un detalle tan sencillo como tu propia hija.

Luego una mañana... cuando mi mujer sale con los tres mayores y yo me quedo con los dos pequeños, que tienen seis y tres años, empieza la guerra de Vietnam... recoge todo, viste al pequeño, cuando te pones la chaqueta él se mancha y hay que cambiarlo, luego controla al otro, que solo vive para el fútbol y empieza: «Papá, ¿sabes que Ibrahimovic es más alto que tú?». «Sí, quítate el pijama». «Sí, papá, ¿pero sabes que la Fiorentina ha pasado a octavos de final de la Europa League?». «No lo sabía, ¡pero quítate el pijama!». Y mientras tanto piensas en el trabajo, en lo que te espera ese día, en que tienes que arreglar el error que has cometido... Hasta que de pronto mi hijo se quita el pijama y dice: «Papá, sabes que esta vida es una prueba, ¿verdad?». Entonces me paro y le pregunto: «¿En qué sentido?». «En que nosotros vivimos para el Paraíso, papi». Punto. Y luego sigue: «¿Sabes que Ibrahimovic tiene tus años?»... Entonces pensé: «Si no tuviera este deseo de ver dónde estás Tú y cómo tomas la iniciativa conmigo, esto solo sería la ocurrencia de un niño...». Pero no. Creo que esa es la inteligencia de la fe que se vuelve inteligencia de la realidad. Con esa pregunta dentro, ves más de lo que sucede, lo ves de verdad.

Un último apunte sobre la compañía. Mi mujer, cuando le conté esto, me miró, me abrazó y me dijo: «Recuerda que lo tenemos todo», es decir, ya lo tenemos todo, tenemos a Cristo, que es nuestro compañero en la vida y nos da la posibilidad de vivir y de afrontar los fracasos por esta posibilidad de reconocer el sentido de la vida. Para mí, este es el valor de la compañía: una ayuda para darte

cuenta de que «ya tenemos todo» y vivirlo todo, también las pruebas, a la luz de esto. Claro que esto exige una “interferencia” a veces incómoda porque te pone en cuestión, pero siempre vale la pena.

Giovanni. *Anoche estuve cenando con un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía. Entre otras cosas, le conté que hace años me tuvieron que poner un marcapasos. Después de varios desvanecimientos y numerosas pruebas, me pusieron un loop que registra la actividad del corazón. Una vez tuve una crisis importante y me fallaron primero los brazos, luego las piernas y después me caí al suelo... pero en realidad no me desmayé, no perdí el conocimiento, pero no podía estar de pie. Cuando el cardiólogo revisó los datos del “registrador”, sonaba: tu-tum, tutum, piii... durante nueve segundos. Entonces tuve una experiencia increíble, existencial, de lo que significa «yo soy Tú que me haces». Cuando tuve la crisis, iba arrastrándome por los suelos, pero con todas mis fuerzas, con toda mi voluntad y tenacidad, quería estar en pie. En ese momento me di cuenta de que yo, con todas mis energías, no me doy un solo latido de mi corazón. Se nos olvida pero afortunadamente –como decía antes Camu– no hace falta que me acuerde todo el tiempo. No es que ahora yo recuerde en cada instante que hay Otro que hace latir mi corazón, pero eso ya forma parte de mi consistencia. El hecho de que entre nosotros de vez en cuando suceda algo –o alguien– que nos enseña a recordarlo es increíble. Por tanto, la memoria es todo lo contrario de una performance, es el reconocimiento de un dato objetivo: yo soy hecho por Otro. Benedicto XVI, cuando murió nuestra amiga Manuela Camagni, decía lo que significa hacer memoria, lo que significa ser Memor Domini: «Nosotros somos Memores Domini porque Él es Memor nostri», podemos hacer memoria de Él porque primero Él piensa en nosotros en cada instante, en cada segundo.*

Quería decir una última cosa sobre la cuestión de la compañía y la Fraternidad. Yo, por gracia, tengo un grupo de Fraternidad donde se me ayuda a todo esto. Tenemos historias muy diferentes y también estamos repartidos por varios lugares, pero lo más impresionante es que solo nos miramos por la vocación que tenemos, es decir, por

el hecho de que en este momento yo, con todos mis problemas, y el otro con los suyos, estamos definidos por el hecho de haber sido llamados: llamados por Cristo a estar juntos. Realmente se trata de comprometerse, de intentar a tientas “lavarnos los pies” unos a otros, hacernos cargo no tanto de nuestros problemas sino del intento de responder: «Sí, Jesús, ven con nosotros. Ven con nosotros porque eres lo único que reconocemos como el origen que hace alegre nuestra vida, que nos permite vivir la vida».

Paolo Prosperi. Me gustaría decir algo que resume de alguna manera la idea que ha empezado a rondarme en la cabeza mientras escuchaba las últimas intervenciones, pues creo que, a pesar de sus diferencias, tienen un elemento en común (elemento que tal vez aún no ha salido con bastante fuerza, pero creo que añaden una pieza importante al puzzle). Me explico. Después de todo lo que hemos dicho, hay que hacer justicia a la otra cara de la moneda, es decir, al hecho de que, independientemente de cuánto nos acordamos de Él, Cristo toma continuamente la iniciativa para manifestar Su presencia de las formas más inesperadas y a priori impensables. Dicho en otros términos, ambas cosas son verdaderas. Es verdad que la memoria vivida me abre los ojos, me capacita para reconocer la presencia de Cristo que me sale al encuentro. Y no es menos cierto que Cristo, el “hacerse ver” de Cristo no es el producto mecánico de mi memoria, de mi atención, aunque el entrenamiento de nuestra atención (como decía la intervención de Paolo) es fundamental.

También se podría añadir algo más para iluminar este binomio de nuestra iniciativa (memoria) y la iniciativa soberana de Cristo, que siempre nos desplaza. Por un lado, sé que hay lugares privilegiados donde por la fe puedo estar seguro de que siempre puedo entrar en contacto con Cristo si “voy a Su encuentro” con el corazón despierto. ¿Por qué voy a misa? Porque sé que allí Cristo se me entrega objetivamente. Por otro lado, como nos decimos siempre, también es cierto que, desde el punto de vista existencial, yo también necesito “acontecimientos” a través de los cuales el Misterio sale a mi encuentro por propia y

soberana iniciativa Suya, sacudiéndome del sueño. Ambas cosas son verdad: que mi memoria activa me ayuda a reconocerlo presente y que Él mismo viene a despertarme cuando duermo. Es un diálogo, un buscarse mutuamente, como dos amantes. Pero quiero añadir una “nota bene” sobre esto, inspirándome en las últimas intervenciones, sobre todo la de Giovanni. Muchas veces corremos el riesgo de asociar esta irrupción imprevisible de Cristo a un único tipo de “irrupción”, digamos. Corremos así el riesgo de reducir la irrupción de Cristo a momentos excepcionalmente luminosos, a momentos de gran fascinación, ya sea la fascinación de un testigo imponente o de un hecho llamativo. Sin duda estos momentos tienen una importancia decisiva para sostenernos en el camino, faltaría más. Sin embargo, si esta fuera la única manera en que Cristo me sale al encuentro, podría decirse que las demás circunstancias de la vida –los momentos de oscuridad y tribulación, por ejemplo, o simplemente los momentos grises– no pueden realizar la misma “función”, es decir, no pueden ser también la forma en que Cristo llama a mi puerta. Lo cual sería limitante o decepcionante, creo yo, porque de hecho mi vida está repleta de circunstancias y momentos así. Sin embargo, como nos testimoniaba la intervención de Giovanni, la realidad es más paradójica y rica que todo eso. ¡El Señor tiene más fantasía! Hasta la tribulación, hasta el sufrimiento y el despojo, hasta un “desvanecimiento” puede ser la forma en que Cristo irrumpe en mi vida con una potencia excepcional. Para mí, la belleza de la intervención de Giovanni es precisamente el hecho de documentar esto: paradójicamente, ha sido justo al sentirse “en el umbral de la muerte” cuando a Giovanni se le ha devuelto, con una intensidad incomparable, la percepción de lo esencial, la percepción pura de su ser “donado a sí mismo”, de su ser hecho por Otro. Justo en el momento en que siente que casi le arrancan la vida, esa verdad en la que ya creía –«yo soy Tú que me haces»– se vuelve experiencia, un sentimiento tan potente y concreto como el latido de su corazón.

Hay un momento en *El Idiota* donde Dostoievski describe la experiencia interior de un condenado a muerte que camina hacia

el patíbulo. En realidad, se trata de una escena autobiográfica, porque Dostoievski, en efecto, fue condenado al patíbulo (¡la pena fue revocada cuando los condenados ya estaban delante de los soldados con los fusiles en alto!). Pues bien, lo que siempre me ha impactado de esa descripción es la forma con que Dostoievski muestra la paradoja del don que esta experiencia de privación total, este sentimiento de “muerte inminente” supuso para él. Mientras camina hacia el patíbulo, este hombre se ve atraído por una flor, una simple flor. ¡Cuántas habrá visto en su vida! Pero es como si solo en ese momento, por primera vez, lograra captar el misterio infinito que se oculta en cada flor. En el momento en que van a quitarle la vida, es como si por primera vez percibiera ese don infinito. Pues bien, creo que la experiencia que describía Giovanni es de la misma naturaleza. ¡Pero cuántos de nosotros podríamos describir experiencias parecidas!

Por lo que a mí respecta, mientras escuchaba a Giovanni, solo he podido pensar, aparte de este momento de Dostoievski, en el momento tal vez más dramático de mi vida sacerdotal. Era el año 2011 –hacía unos meses que me había trasladado a América desde Rusia, un cambio que para mí fue especialmente traumático por diversas razones–. La oscuridad me envolvía, una oscuridad de esas que no deseas ni a tu peor enemigo. Pues bien, el recuerdo de mi primer “sobresalto de resurrección”, tal como pude experimentarlo, llegó unido a una experiencia bastante similar a la que describía Giovanni. Hubo un par de días en los que estuve totalmente postrado, en los que literalmente era incapaz de levantarme de la cama. Entonces Antonio, que era el responsable de mi casa en aquel momento, me dijo: «Paolo, mira, empieza con cosas pequeñas. Ahora levántate, intenta lavarte los dientes ofreciendo ese gesto a Jesús, sencillamente. Date una ducha y haz lo mismo». Me levanté, fui al baño, agarré el cepillo de dientes... y empecé a lavarme, con un gesto que he hecho todas las mañanas de mi vida, ¡todos los santos días! Pero os juro que la conmoción que me invadió en ese momento, cuando empecé a mover el cepillo de dientes, la he sentido pocas veces en mi vida. ¿Por qué? Creo que por el siguiente motivo: porque

el hecho de que un gesto tan banal, un gesto que siempre había hecho sin darme cuenta, se convirtiera en algo tan penoso, tan arduo, fue como si de golpe se me desvelara toda la grandeza que ese gesto contenía. ¿Qué es lo que hace grande cada gesto? El sí al Misterio que se expresa con él... ¿Qué cerrados estamos a veces! ¿Por qué poner límites al Misterio, por qué decidimos nosotros previamente cómo nos puede hablar el Señor, cómo nos puede cambiar el corazón? Ciertamente, sin que Antonio viniera a decirme: «Lávate los dientes ofreciendo», esta experiencia nunca la habría tenido (¡de ahí la importancia de la compañía!). Pero también es cierto que si el Señor no me hubiera vaciado hasta tal punto que levantarme y lavarme los dientes me costara un esfuerzo titánico, todo el bien que nació de aquel “cepillado de dientes” y que luego ha dado tanto fruto en mi vida (¡y tanto!) tal vez –mejor dicho, sin duda– no habría sucedido.

Francesco Cassese (Camu). Me parece que en esta asamblea hemos profundizado –sin pretenderlo– en el tema de la memoria y en el primer punto que señalaba ahora Paolo, es decir, la iniciativa del Misterio. Hay una página preciosa de don Giussani, en *Afecto y morada*, que creo que puede servir de ayuda. En un momento dado, en un diálogo con una chica de una casa del Grupo Adulto, Giussani imagina que es Dios quien habla. «Te das cuenta en el momento en que la gracia del Señor te toca, en los momentos que elige Dios, que quiere Dios, en que Dios dice a todo el mundo: “¿Lo veis? Os la he entregado y, al vivir juntas, se ponen de manifiesto todos los límites, se exalta su pecado original, veis toda su debilidad, pero cuando Yo lo quiero así, ¡no podéis arrebátarmela!”. (...) Esto Dios lo puede decir con orgullo –¡que me perdone el Señor!–, Cristo puede decir con orgullo humano: “Me prefieren, ¿veis cómo me prefieren?”. Si cuando te llama, te encuentra disponible, ve que en el fondo de ti permanece el deseo, aunque no expreso, de preferirle. Un deseo no expreso pero que se alimenta, cobra solidez, se hace más consistente cuando tú lo pides explícitamente: este es el valor de la oración» (pp. 99-100).

Si falta el primer punto que decía Paolo, creo que hasta la

memoria nos acaba dejando solos. Si la memoria es el hecho de haber sido buenos, de habernos dado cuenta de algo, en el fondo este también es un ejercicio que nos acaba dejando solos. La única posibilidad es que la memoria sea la irrupción de Otro dentro de nuestra vida, dando inicio o continuidad a una relación afectiva. Cuando me acuerdo, ¿soy yo que me acuerdo o es Él que está tomando una iniciativa en mi vida?

FRAGMENTOS DE LA SEGUNDA ASAMBLEA

Matteo R. Me ha impresionado mucho la provocación de la lección sobre el trabajo porque he estado pensando cómo he vuelto yo a trabajar este mes, tras la muerte de mi esposa Silvia. He visto que estaba distinto. Estoy haciendo el doctorado, así que trabajo en la universidad, y al volver he visto una diferencia respecto a todas las dinámicas desagradables que hay en el ateneo (mors tua vita mea, para entendernos): he vuelto queriendo verificar mi trabajo de verdad. Por ejemplo, uno normalmente va al departamento para dejarse ver, porque si no te dejas ver no existes. Sin pensarlo, después de año y medio trabajando como podía por la enfermedad de mi mujer, fui a la biblioteca porque allí se trabaja bien.

Ayer, escuchando la lección, me preguntaba: ¿pero yo dónde he visto que se trabaje así, es decir, con un amor a lo que haces como el de Cristo? Y pensé en Silvia. Ella trabajaba en un centro de día con personas con graves discapacidades, era educadora, y este año y medio he visto a una mujer que, a pesar de la enfermedad y de todo lo que le pasaba, podía pasar por una estajanovista. Vivía la vocación toda entera: la relación conmigo, su enfermedad, el trabajo... He acompañado a Silvia muchas veces, cuando iba empeorando, tanto a trabajar como a cursos de reciclaje, y prestaba atención a cada detalle... Vivía así: «Este chico, esta actividad, este aspecto de la profesión que me gustaría que el Estado reconociera... es Uno que me llama». He visto a una persona enamorada de su trabajo. Ni siquiera me llamaba cuando estaba mal para que fuera a buscarla. Después de las últimas sesiones de quimioterapia, estaba enferma pero iba a las actividades con los chavales. Y si le preguntabas, te decía: «No hay sustituto. Si no voy, los chicos se quedan sin actividad».

Para mí, en un año y medio trabajando como podía, mirar a mi

mujer ha sido la ocasión de ver que la vocación es una cosa entera, no va por sectores ni puede reducirse al hecho de que a ella le gustara lo que hacía, porque llega un momento en que el sentimiento no basta para justificar lo que haces. Esto me ha cambiado, me ha hecho levantarme ayer a las siete, desayunar solo y ponerme a trabajar, porque tengo un congreso y lo quiero hacer bien. La familiaridad con Cristo que vivía Silvia era la familiaridad que vivía conmigo, con sus chavales, y eso es lo que yo puedo vivir ahora que vuelvo a una vida “normal”.

Emanuela. *Me ha llamado la atención cuando se decía ayer que incluso la memoria, y podríamos decir que también la unidad, puede convertirse en un problema de capacidad. Sin embargo, lo único necesario es desear esa memoria, y por tanto también la unidad. Cuando me esfuerzo en estar unida, me canso solo de intentarlo. Pero cuando es un deseo, Dios tiene una misericordia infinita y lo ama más que todo lo que yo sea capaz de hacer.*

Yo soy Memor Domini y hace unos meses llegó la solicitud de disponibilidad para mudarse a una casa donde viven personas ancianas y vulnerables. La noche que leí ese mail no pude conciliar el sueño preguntándome: «Pero yo, por ti, ¿estaría dispuesta a cambiar la comodidad de mi vida?». Yo vivía con personas tan jóvenes como yo, o algo mayores, en una convivencia bastante fácil. Me miraba sinceramente y decía “no”, porque estoy a gusto en la comodidad. Sin embargo, me encantaría tener un corazón así, disponible, porque yo haría cualquier cosa por los que amo. De esta manera, no dejaba de pensar en ese mail, no podía fingir que no me afectara, que no me hubiera tocado. Lo que sucedió fue que, en vez de una medida de mí misma –«no soy capaz, no estoy disponible»– se fue abriendo paso el deseo. Creo que para no medirse hay que sentirse profundamente amados. Así que entré en diálogo con una persona del Directivo y descubrí que a otra de mi casa le pasaba lo mismo, sin decirnos nada. Resumiendo, ha nacido una nueva casa donde hay una diferencia de edad de cincuenta años, así que os podéis imaginar... No hay unidad prácticamente en nada, ni siquiera en la comida. No sé responder con una definición a la pregunta so-

bre la unidad, pero sé que desde que estoy en ese lugar creo que hay esperanza, para mí y para el movimiento, porque veo que es posible estar juntas con todas nuestras diferencias, también históricas. Vivo con una mujer de 78 años. Un día le hice una corrección en la mesa y en un primer momento reaccionó mal, pero por la noche me dijo: «Llevo toda la tarde pensando en tu corrección. No la entiendo, pero me gustaría intentar dejarla entrar». Me sobrecogió. El problema ni siquiera consiste en convencerme de la postura del otro, sino que al menos exista el deseo de dejarlo entrar.

Davide Prosperi. Me gustaría hacer algunas observaciones sintéticas que derivan en parte de la experiencia de los últimos meses. Hay que entender que no estamos hablando de cuestiones teóricas ni de preocupaciones que nacen de un juicio sobre la experiencia presente. Hablar del *juicio comunitario* ya es un juicio comunitario, es decir, un juicio que en primer lugar madura como juicio sobre nuestra experiencia porque cuando hablamos de *juicio común*, o *comunitario* en el sentido que decíamos, no nos estamos refiriendo a la postura que tiene cada uno sobre ciertos temas sensibles como la política, la bioética, etc. No porque no sean temas importantes, entendedme, sino sobre todo porque el juicio al que estamos llamados es sobre todo lo que forma parte de nuestra experiencia, y por tanto también –¡aunque evidentemente no solo!– sobre política y demás, pues todo es objeto del interés que tenemos por la realidad. En este momento, por lo que estamos viviendo, nos apremia comprender, o volver a comprender, la naturaleza de un juicio comunitario. Decíamos antes que se trata de un juicio que nace de la experiencia de la comunión vivida. Por tanto, el punto de partida es la experiencia concreta, ejemplificada en algo que estamos viviendo y que compartimos. Uno podría decir: «A mí eso no me interesa, no me toca». O puede que ni siquiera se le ocurra que podría interesarle. Pero en el momento en que se plantea, si no entra también en el horizonte de tu interés, quiere decir que no estás atento a la experiencia que estás viviendo, no que no sigues al líder. Por tanto –como preguntaba alguno–, primera cuestión, la unidad, ¿cómo perseguir

la unidad? Este verano, en la síntesis de la Asamblea internacional de Responsables, que todos deberíamos haber trabajado, se decía que la unidad es un milagro, un milagro que no podemos dejar de desear pues de ello hace depender Jesús la eficacia del testimonio de sus discípulos («En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros») y el esplendor de Su gloria en el mundo («Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno»). Sin embargo, a este mandato de Jesús no sabemos obedecer con nuestras fuerzas. Por eso debemos pedirlo, mendigarlo. Hasta Jesús rezaba al Padre por la unidad, hasta tal punto es algo imposible de realizar con nuestras fuerzas («No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno. [...] Yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí»). Los ejemplos que habéis contando lo testimonian: sí, se pueden hacer pequeñas conquistas que son fundamentales porque nos dan esperanza, pero esa esperanza debe llegar a ser la esperanza de que Cristo se haga tan presente entre nosotros que realice aquello que nuestros intentos tratan de realizar.

Recuerdo que cuando mi hijo tenía tres años, una noche intentaba encender la luz pero no llegaba al interruptor. Así que allí estaba, mirando a ver si averiguaba cómo hacer, y después de varios intentos agarró un taburete para subirse, pero no podía. Entonces fui y le subí yo al taburete. En esta imagen, la mirada implorante del niño que no deja de intentarlo es la oración, mientras que subirlo al taburete es la intervención de la Gracia con que Cristo hace posible lo que nuestros esfuerzos no logran realizar. ¿Pero cuál es el punto que quiero señalar? ¡Que tienes que desear encender la luz! Porque si en un momento dado empiezas a pensar que no hay nada que hacer o que a fin de cuentas no se está tan mal a oscuras porque no llegas al interruptor, nuestro yo empieza a alejar a Dios de nuestra acción. Me quedo solo con el interruptor y, como no llego, empiezo a convencerme (y a convencer a los que están conmigo) de que el problema no es

el interruptor ni tampoco la luz, sino otro. Y entonces, hay que reconocer –sin demasiado énfasis, pero hay que reconocerlo– que llega un momento en que tenemos esa tentación, la tentación de pensar que quizá la unidad entre nosotros no es tan importante, que lo importante es otra cosa. Pero sin llegar a decir nunca qué es esa otra cosa tan importante. ¡No se puede decir porque no existe! En efecto, ¿qué hay más importante que nuestra comunión? Nos llamamos Comunión y Liberación. Eso significa que nuestra liberación, es decir, el camino para salvarnos de la confusión y la violencia del poder, de cualquier poder de este mundo, pasa, nace y se desarrolla desde y en nuestra comunión. Por tanto, en todo caso, el problema es comprender qué es esa comunión. Sobre qué se funda, lo hemos dicho muchas veces. Pero qué es, qué experiencia tenemos, es algo en lo que conviene profundizar.

Cuando oímos ciertas cosas, como lo que decía antes Matteo, debemos tener el coraje de decir que se trata de un testimonio de nuestra comunión. No se trata de un testimonio debido a la excepcionalidad de uno o de otro, aunque indudablemente pueden ser personas grandes. Pero podemos ser verdaderamente grandes si reconocemos de dónde viene esa grandeza, como hizo la Virgen: «el Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo [...] Desde ahora me felicitarán todas las generaciones». Es una estructura nueva de la persona. Por tanto, pensar en la novedad del acontecimiento cristiano significa pensar en el acontecimiento de algo que me impacta, me fascina, me toma y, como método, genera una amistad. El acontecimiento de algo excepcional genera el acontecimiento de una amistad. De otro modo, cuando se acaba la excepcionalidad, cuando se apaga la llama que me deslumbró al principio, se acaba todo. Por eso es importante entender cuál es la naturaleza del juicio comunal. Debemos ayudarnos a entender cuál es la naturaleza profunda de esta comunión, cuyo juicio –y en el fondo los ejemplos que hemos oído nos lo testimonian– no es solo algo que se dice, un enunciado, una definición, sino una presencia. El juicio es una presencia.

Francesco Cassese (Camu). ¿Te puedo hacer una pregunta? Giussani era un hombre excepcional ya en su juventud, cuando escribía cartas a Angelo Majo (cuando las leo, me quedo parado y digo: «¡Dios mío, qué estatura humana!»). Pero él cuenta que sucedió algo asombroso en su vida. Todo empezó con sus alumnos del liceo Berchet: «Yo pertenecía a aquellos tres chicos; pertenecía no a ellos, sino a la unidad con ellos. Había sucedido algo». Creo que esta es la cuestión que estás comentando: que el acontecimiento es desde su origen esta comunión, esta amistad.

Davide Proserpi. Sí, cuando alguien te llama la atención por cómo vive, por lo que hace o lo que dice, ahí está ya el acontecimiento. No solo en la fascinación de la persona que tienes delante, sino que el acontecimiento es la unidad que surge entre tú, que me llamas la atención, y yo. La dilatación de esa unidad es lo que permitirá luego profundizar también en el contenido de esa fascinación inicial.

Javier. Me gustaría poner un ejemplo sobre lo que significa el juicio comunional sobre el propio movimiento, que para mí es el punto culminante, porque es donde me lo juego todo. Entre nosotros somos sencillamente distintos y complementarios, a veces me encuentro grandes dificultades porque tenemos criterios diferentes a la hora de juzgar. Por ejemplo, llevando la responsabilidad de los bachilleres con otros adultos, nos encontramos juzgando de manera distinta las cosas más importantes.

En los últimos años he tenido dificultades en el movimiento porque no entendía ciertas cosas, no estaba de acuerdo... Me ha costado seguir y para mí ha sido muy duro, he sufrido mucho. Tenía muchísimas razones, pero con todas mis razones me cansaba, era un aburrimiento total. Estaba mal y veía que me alejaba, y eso era lo más duro. Mientras tanto entré en mi grupo actual de Fraternidad, donde hay gente que tiene una vida grande, siguiendo y disfrutando de seguir al movimiento, dentro de una amistad con los que guían. Yo decidí entrar en la Fraternidad porque la amistad con ellos es lo que más me ayuda a seguir a Cristo, pero era el lugar

donde más me costaba. Para ellos todo era inmediato y yo era el único que tenía objeciones. Pero llegó un momento en que me di cuenta de que siguiendo todas mis razones y solo mis razones, por razonables que fueran, me alejaba. Lo vi clarísimo: si los pierdo a ellos, pierdo a Cristo; si me alejo un milímetro de ellos, me alejo de Cristo. Y aquí no me puedo engañar. Afirmar más la amistad con ellos es afirmar más a Cristo que a mis razones: ese es el “antes” del juicio comunional. Esto significa que con ellos puedo discutirlo todo, porque no es que «como afirmo a Cristo, mis razones ya no son importantes...». No puedo dejar a un lado mi razón pero, viviendo esta amistad con ellos en Cristo, hablamos de todo y yo soy más sencillo, no soy tan ideológico como de costumbre, no soy político, no etiqueto, no tengo nada que defender, porque quiero estar con ellos y quiero mirar “con” ellos.

Por tanto, el juicio comunional tampoco consiste en reunir muchas opiniones para luego construir una visión más total. No, es que para juzgar tengo que juzgar con ellos, tengo que ir con ellos, porque con mis razones no avanzo. Mi grupo de Fraternidad, donde están aquellos con los que menos de acuerdo estoy, es el lugar donde discuto más en paz, más libre, donde más me gusta discutir, incluso del movimiento. Es donde más me dejo corregir, porque lo que más quiero es estar con ellos, y ellos quieren estar conmigo. Se ha convertido en un deseo y en un método para vivirlo todo.

Eleonora. *En primer lugar me gustaría agradecer esta ocasión de convivencia porque creo que es un regalo ver el clima que proponéis estos dos días, porque genera una libertad, una lealtad, una frescura entre nosotros, un deseo de conocerse que no se puede dar por descontado. Me sorprende la atención y el amor a los detalles en el cuidado del gesto, hasta cómo se nos ha presentado la historia de san Francisco de Asís y de Carlo Acutis, del que sabía muy poco. Me ha descolocado estar delante de la tumba de Carlo y ver a un chaval de 15 años con vaqueros, sudadera y unas Nike, ya beato. Me ha conmovido, ha sido un impacto en el corazón. Para mí, este impacto ya es un juicio, como dice Giussani: el primer juicio es un impacto sencillo que te llevas a casa contigo. Quiero dar las gracias*

porque de esto podré hacer memoria toda mi vida.

Estos días, vuestra forma de mirarnos ya disuelve el problema de la performance entre nosotros, pues creo que la performance es un problema que también tenemos en nuestra forma de vivir el movimiento. Cuando vivo mi fe y el carisma “en salida”, cuando estoy con gente que no pertenece a nuestra historia, me doy cuenta de que ven algo extraño, un ímpetu de vida al que quieren adherirse. Mi marido y yo somos un absoluto desastre, no somos la familia perfecta pero siempre me llama la atención porque lo que vivimos entre nosotros es parecido a lo que veo con vosotros, porque veo una libertad y una lealtad impresionantes en los que vienen a estar con nosotros. Para estar aquí, he dejado en casa a mis cuatro hijos con mi marido. La unidad que estoy viviendo con él es muy concreta, si estoy aquí es porque él responde a Cristo quedándose con nuestros hijos y por tanto estamos juntos. Yo no soy una madre modelo ni deseo transmitir eso a mis hijos. Soy una madre que se equivoca porque ser madre es difícil, soy una mujer que se equivoca porque es difícil, soy una amiga que se equivoca... Tengo que pedir perdón muchas veces y admitir mis errores. No es algo obvio, pero mostrar mis fragilidades a mis hijos no me supone un problema.

Pienso en cuando tuve que cambiar de puesto en mi trabajo. Soy trabajadora social y siempre me he ocupado de casos muy complicados, pero cuando llegó nuestro tercer hijo me empecé a agobiar en el trabajo y mis compañeros me lo hacían notar, sin demasiada delicadeza. Aunque yo sabía que era cierto. Tuve que hablar con mi jefe, reconocer y admitir mis errores, que estaba trabajando mal. Me agobí tanto que pedí un cambio de puesto y acabé ocupándome del ingreso mínimo, algo que nunca hubiera querido... Pero dentro de la historia de un gran amor –la vida está llena de sacrificios, más o menos grandes– nunca hay un menos. Recuerdo cuando san Francisco, a punto de morir, le pedía a su amiga Jacoba sus galletas preferidas. Porque Jesús era tan importante como la compañía de Jacoba, tanto como sus galletas. Para mí, renunciar estos días a estar con mis hijos, renunciar a la primera actuación de baile de mi hija, es algo que me falta, porque deseo estar aquí tanto como en la actuación de danza de mi hija.

Paolo Prosperi. Quiero decir algo que tal vez se sale un poco del tiesto, pero quiero decirlo igualmente porque me parece importante. Cuando hablamos de “juicio comunional”, en el sentido que da Giussani a esta expresión, hablamos de la comunión como instrumento o lugar donde se forma el juicio sobre esto o aquello. Y está bien. Pero la comunión no es solo eso. Es mucho más que eso. Más aún, si tuviera que decir en dos palabras qué novedad real introdujo el encuentro con don Giussani en mi vida (porque la fe, en el sentido dogmático del término, yo ya la tenía antes de conocer a don Giussani), diría en primer lugar (no solo, sino en primer lugar) que el descubrimiento de la comunión, no solo como instrumento o ayuda para juzgar, sino también como contenido del juicio “nuevo” que está en la base de cualquier otro juicio “nuevo”. ¿Qué juicio? El juicio sobre quién soy yo, sobre lo que entiendo cuando digo “yo”.

Para explicar lo que quiero decir, no puedo dejar de remitir a lo que me pasó el día de mi encuentro, como solemos decir, que para mí fue el 11 de diciembre de 1994, es decir, el día del famoso “Reconocer a Cristo” (sí, yo era uno de los 8.000 estudiantes presentes en aquellos Ejercicios espirituales). Recuerdo muchas cosas de aquella tarde. Pero hay una que se perfila más nítida que el resto. Cuando entré en ese salón lleno de gente, yo era un chaval que estaba solo. Un chaval al que no le faltaba nada, entendedme. Era uno de esos que van muy bien con los estudios pero estaba solo, tremendamente solo. Estaba en el CLU, y en el CLU había algunos tipos estupendos, que a pesar de mi carácter me querían. Pero estaba solo. No sabría explicarlo, pero era como si entre los demás y yo hubiera un muro que no sabía atravesar. Pero ese día sucedió algo, algo que todavía me cuesta explicar y contar, porque en la experiencia de la Gracia siempre hay algo inefable. Cuando Giussani empezó a hablar, yo era un chico que tenía el corazón de hielo. Cuando acabó, lo recuerdo como si fuera ahora, ya no. A mi lado estaba Marco Squicciarini –estábamos en el coro–, un tipo nada efusivo, exactamente igual que yo entonces (no abrazaba ni a mi madre, para que os hagáis una idea). Pues bien, me levanté de la silla y le abracé como un idiota. ¿Por

qué? Porque en el mismo instante en que me sentí aferrar por Cristo, me sentí también una sola cosa con los 8.000 que estaban allí. Todavía recuerdo, al salir del salón en silencio, el pensamiento que me martilleaba por dentro: ya no soy el mismo, dentro de mí ya no estoy solo “yo”. También estás Tú, oh Cristo. También estás Tú: yo ahora soy relación contigo. Pero si esto es cierto, si es cierto que yo soy carne de tu carne, oh Cristo, eso quiere decir que todos los que están aquí, todas estas caras que me rodean y que no conozco, que van en este autobús, son mis hermanos y hermanas, son carne de mi carne. Sí, aunque siga siendo igual de torpe, aunque siga siendo un desastre para las relaciones, ahora sé, reconozco e incluso siento que todos estos son mis hermanos y hermanas.

Es esto. El cristianismo es esto, no es otra cosa. ¿Qué quiere decir estar bautizados? Quiere decir ser hijos de Dios y hermanos de todos los miembros del cuerpo de Cristo. En sentido ontológico. El carisma, como nos enseñó don Giussani, no es otra cosa que el instrumento concreto que el Señor usa para hacer de esta verdad ontológica una experiencia viva, vibrante, cálida, como me pasó a mí aquel día. ¿Qué hace el bautismo? Nos hace hijos de Dios y por tanto hermanos unos de otros. ¿Qué ha obrado en mí el encuentro con el carisma? Ha hecho experiencia viva y consciente ese doble don. Ciertamente, el encuentro no cambió mi personalidad. Si antes mi carácter era un poco conflictivo y orgulloso, así siguió siéndolo. Sin embargo, desde ese momento comenzó un camino, el camino hacia una experiencia cada vez más plena y hermosa de eso tan grande y sublime que es la comunión. Digo “camino hacia” justamente para subrayar que, por decir con otras palabras lo que intentaba decir antes, la comunión fraterna no es solo un medio (creo que sobre esto hay que ser claros). Es más bien parte del fin para el que estamos hechos, a menos que queramos pensar en el Paraíso como una serie de celdas donde cada uno está solo con Jesús. Pero no, san Juan describe el Paraíso como una ciudad, la Jerusalén celeste, y eso significa que la felicidad plena para la que estamos hechos implica la comunión, el goce de la comunión no solo con Dios sino en Dios con todos y con todo (¡Cristo todo en

todos – Dios todo en todo!). Y gracias a Dios que es así. Es bueno que así sea. De hecho, no puede ser de otra manera, lo contrario sería contradictorio. ¿Por qué? Porque Dios no es una mónada, Dios es Trinidad, es comunión de personas. Por tanto, que yo pueda vivir una amistad contigo, que entre nosotros haya una relación de afecto a su imagen y semejanza, que es como un reflejo encarnado de la vida de Dios, no es algo secundario respecto a mi experiencia de Dios, es decir, respecto a la experiencia de la meta que anhela mi corazón. Es ante todo el signo, la manifestación del hecho de que esa experiencia de la meta empieza a florecer, empieza ya a gustarse (aunque plenamente será en el Paraíso). Una manifestación que nace de la fe, sí, pero una manifestación que debe ser querida, perseguida, mendigada, porque nada es automático en el cristianismo. “¡Basta la fe!”, podríamos decir. El resto es consecuencia. En cierto sentido es verdad, porque la fe es la raíz de todo. Pero en otro sentido no lo es en absoluto, porque entonces seríamos luteranos. Lutero dice que basta la fe. Nosotros, en cambio, decimos que la fe es la raíz de todo, pero la fe debe hacerse caridad, que genera comunión, y es crucial entender que este “hacerse” implica la libertad, el deseo, la tensión del corazón. Sí, lo sabemos, la comunión es imposible sin la fe. Si pienso en mi experiencia, fue justo así. Al descubrirme hijo, me descubrí también hermano. Sin embargo, habría podido resistirme a la llamada que supuso aquello que me pasó, esa llamada a lanzarme a la amistad del CLU, a la amistad con Camu y los demás. Habría podido hacerlo. Pero me habría perdido lo mejor. Porque lo siento pero, si no se llega a la comunión, nos perdemos lo mejor, nos perdemos el culmen de la cuestión (el capítulo 4 de la primera carta de Juan es todo un himno a esta idea, ¡leedlo!).

De ahí una consecuencia moral que me parece crucial. Como decía antes Emanuela –le habría dado un abrazo cuando lo ha dicho– es cierto que nosotros no podemos generar la comunión, la unidad entre nosotros, pero podemos y debemos pedirla, deseársela y pedirla, donde el verbo *debemos* es de obligación precisamente por lo que decía antes, es decir, que la experiencia de la comunión no es algo opcional para los que aman a Cristo. No se

trata, sin duda, de producir el acontecimiento de la comunión con nuestras fuerzas. Como decía don Giussani, la unidad es un milagro, es una gracia, pero todo don de gracia se confía a nuestra libertad, que lo puede custodiar y hacer crecer, o lo puede destruir.

Para terminar, si tuviera que decir qué es lo que agradezco en este momento, estando sentado aquí mientras os hablo, ¿sabéis qué diría? Agradezco estar sentado aquí, al lado de Camu, después de tantos años sin vernos. De hecho, nos habíamos perdido de vista porque yo me fui a Rusia y luego a América, y solo este año hemos vuelto a vernos. Y darme cuenta con asombro y conmoción de que esa amistad que nació hace tantos años cuando éramos universitarios, esa amistad quizás ingenua pero totalmente llena de pasión por el Ideal que vivíamos entonces, sigue viva, es la misma, de hecho tal vez es aún más bella. En definitiva, que se pueda experimentar algo así, ¿no es el máximo? Para mí, esta es la cuestión. Luego, si esto está, si está el reconocimiento de este vínculo indestructible porque es de Cristo, nos podemos pelear por todo, a degüello, por A, por B o por C. Para mí, las diferencias no son ni nunca serán un problema (personalmente, su ausencia total me parece un signo de letargo mental), así que ¡a degüello! Siempre que de ahí nazca una verdadera pasión por el bien común, es decir, siempre que nos queramos, que en la raíz incluso de nuestra dialéctica esté la caridad, es decir, el amor a Cristo que nos une.

Domingo 26 de marzo

SÍNTESIS

Paolo Prosperi

Bueno, vamos a ir atando cabos. No es fácil porque –como me decía ayer un amigo– estos días han sido “un gran caos, en el buen sentido”. No estoy muy seguro de lo que quería decir, la verdad, pero yo interpreto así sus palabras: en estos tres días que han pasado se han dicho muchas cosas, por lo que resulta bastante difícil hacer una síntesis propiamente dicha. Por tanto, me limitaré a “lanzar” tres puntos que, más que resumir lo que ha pasado y lo que hemos dicho, pretenden indicar la trayectoria del camino hacia el que creo que señala todo lo que hemos visto.

1. Dejarse lavar los pies: el camino de la liberación

Puesto que hemos hablado mucho del lavatorio de pies, tanto en la lección como en la asamblea (varias preguntas e intervenciones eran sobre la comprensión de este gran gesto de Jesús, signo de que es una estampa que ha impactado en el imaginario de muchos), permitidme empezar esta breve síntesis volviendo a esa grandiosa escena del cuarto evangelio y hacerlo mostrando su nexa con otro de los temas centrales sobre los que giró la asamblea de ayer: el «juicio comunional».

¿Qué entendemos exactamente cuando decimos «juicio comunional»? Tal vez esa imagen del lavatorio de pies pueda ayudarnos a entenderlo. Dejad por tanto que os lea cómo sigue el pasaje que hemos citado y comentado al final de la lección:

«Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? [Es importante comprender]. Vosotros me llamáis ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor [el rey], os he lavado los pies, también vosotros [para entrar en mi majestad, en mi *nous*] debéis lavaros los pies unos a otros [interesante esta reciprocidad: ¡lavar y dejarse lavar!]. [...]

Puesto que sabéis esto [es decir, habiendo comprendido, las traducciones no siempre son óptimas...], dichosos vosotros”²⁴, es decir, alcanzaréis la felicidad, la plenitud, lo máximo que se puede desear en esta vida.

«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? (...) Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica», que también podría traducirse así: «No seréis dichosos por lavaros materialmente los pies unos a otros. No es eso lo que os estoy diciendo. Lo que os estoy diciendo es más bien que seréis dichosos, es decir, alcanzaréis el verdadero gusto de la vida, si hacéis unos con otros lo que mi gesto significa, aquello de lo que mi gesto es signo», que es más que un *hacer* material. ¿En qué consiste ese *algo más*? ¿Qué quiere decir, “fuera de metáforas”, lavarse los pies unos a otros?

Una parte importante de la respuesta salió ayer en la asamblea. Quiere decir vivir en la relación entre nosotros, en nuestras comunidades y grupos de fraternidad, esa “intromisión amorosa” de la que se hablaba ayer, una intromisión que por un lado da la audacia de corregirse mutuamente, algo que es bastante más arduo que lavarse los pies unos a otros (hoy todavía más, en la era de la sagrada protección de datos personales), y por otro lado es, como decíamos, amorosa, lo que significa en primer lugar que uno asume el peso del otro, sufre con el otro, hace suyo el problema del otro, igual que Jesús, cuando se arrodilla para lavar los pies a los suyos, no puede evitar “mancharse las manos”, no puede evitar entrar en contacto con la suciedad de esos pies. Claro que también debe ser una intromisión discreta, es decir, respetuosa con la libertad del otro, si quiere ser realmente *amorosa*. «El que ama –nos decía Péguy– se pone, por eso mismo [...] en la dependencia [...], depende del ser amado»²⁵, es decir, deja siempre espacio generosamente a que la libertad del amado se ponga en juego. Sin embargo, se trata de una intromisión real, como prueba la rebeldía instintiva de Pedro: «No me lavarás los pies jamás»²⁶ (lo cierto es que en la rebeldía de Pedro ante el gesto de

24 Jn 13,12-14.17.

25 Cf. Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 304.

26 Jn 13,8.

Jesús también intervienen otros factores que retomaré después).

Ahora me gustaría indicar que en una primera acepción y (si queremos) más habitual, la expresión «juicio comunional» indica exactamente esto²⁷. Es fácil reducir el juicio comunional al “manifiesto” sobre cuestiones de actualidad, política o cultura. En cambio –como decían anoche unos amigos– la primera y más “carnal” forma de juicio comunional (carnal en el sentido de *tocar* la carne viva de nuestros intereses y problemas personales) es el juicio sobre nuestra vida personal, en todos sus aspectos. Más aún, es el juicio sobre la verdad última de mi yo, de mi persona, como trataba de apuntar en mi última intervención de ayer en la asamblea. «¿Cómo liberarnos de nuestro ego, obsesionado por la *performance*, para entrar en la libertad de Cristo?», preguntaba alguien después de la lección del viernes. ¿Cómo salir de la rueda del hámster? ¿Cómo afirmar concretamente en nosotros esa autoconciencia nueva de la que hablaba este amigo nuestro en la asamblea, es decir, ese yo capaz de gratuidad porque se sabe amado gratuitamente?

En la primera asamblea se ha hablado mucho de la importancia de la memoria. No volveré aquí sobre ello, pero sí quiero detenerme en la segunda respuesta que hemos oído estos días, una respuesta que no me parece menos decisiva que la primera. De hecho, esta ruptura del ego autónomo, del yo encapsulado en sí mismo, se produce sobre todo a través de ese “dejarse lavar los pies” activo, que es el deseo de ser corregidos, sostenidos, ayudados por los que nos acompañan hacia el destino. Muchas ve-

27 «El juicio debe ser común. Evidentemente, el término “juicio común” significa “juicio comunional”, porque si no, significaría un juicio que todos comparten, sobre el que todos están de acuerdo; y esto, además de peligroso desde el punto de vista de su eventualidad (casi nunca sucede), sería también “indecente” desde el punto de vista del camino, porque querría decir que no existiría el signo de algo más, es decir, no habría nunca obediencia. “Juicio común” significa “juicio comunional”. ¿Qué indica esta expresión? Indica un juicio que nace de la comunión que vivimos entre nosotros. El juicio comunional expresa la comunión que se vive, una vida de comunión. ¿Qué quiere decir una vida de comunión? Una vida compartida para vivir la memoria de Cristo. Porque en la fraternidad, en la compañía fraternal, la presencia de Cristo es más pedagógica, se comunica de forma pedagógicamente más eficaz y se asimila de una manera más viva y segura. Si se vive la comunión fraternal, entonces se puede hablar de juicio verdaderamente común. Si no se hace el esfuerzo por vivir la vida de comunión, el juicio común será el cauce de una pretensión, donde pretenderemos afirmar nuestro punto de vista» (L. Giussani, *Sobre el juicio comunional*, «Tracce-Litterare Communionis», n. 6/2001).

ces tendemos a pensar, tal vez inconscientemente, que esta ayuda solo consiste en el consuelo afectivo que nos ofrece un amigo, en el apoyo que supone la presencia del otro a nuestro lado en el camino. Sí, lo hemos dicho muchas veces y también lo hemos repetido estos días, la compañía es esto en primer lugar: necesitamos continuamente una mirada que nos testimonie la Misericordia de Cristo, la predilección de Cristo por cada uno de nosotros. Pero podemos atrevernos a más, como intentaba decir ayer en la asamblea. La amistad, el afecto mutuo, es tan central en la experiencia de lo divino en la que nos introduce Cristo que podríamos llegar a decir que es un fin y no solo un medio, si bien es cierto que, como se decía ayer, en el paraíso no estaremos cada uno en una habitación a solas con Jesús, sino que gozaremos de la alegría de la Jerusalén celeste, es decir, de la comunión con nuestros hermanos tanto como con Dios (no voy a entrar en esto, pero sería interesante preguntarse por qué).

Sin embargo, para los que aún estamos en camino, la comunión no solo es eso, no puede limitarse a eso. Buscar solo ese tipo de apoyo, el apoyo de una mirada que solo nos afirma sin condiciones, como si no hubiera en nosotros nada que lavar, transformar o cambiar, supone negar un factor esencial del sentido de la propia comunión, del sentido de la compañía. Cristo no dice: «Mimaos unos a otros». En cambio, dice: «Lavaos los pies los unos a los otros», lo cual, dicho al revés, sería: «Dejaos lavar los pies unos por otros». ¿Cuál es el culmen de esta dinámica? El punto más alto de esta dinámica se llama sacramento de la confesión porque ir a confesarse significa justo eso: aceptar que para poder caminar, para tener unos pies capaces de caminar detrás de Cristo y correr tras Él, necesito dejármelos lavar siempre por Él, dejarme recrear y reavivar por Él. *Por Él*, no *por el* cura. Aunque *a través del* cura (lo divino pasa siempre a través de lo humano, ahí está la genialidad del catolicismo), lo que me exige por tanto tener la humildad de poner mis pies sucios en manos del cura, es decir, de un pecador como yo, un pobre pecador como yo. Se trata de una humildad aún mayor –creo que esta “nota bene” no es nada banal– que si tuviera delante de mí a Jesús, como lo tuvo

Simón Pedro en el cenáculo. Hace falta humildad. Pero el premio de esta humildad vivida es la libertad, una participación cada vez mayor en la libertad de Cristo, que es la libertad de quien consiste totalmente en el amor gratuito de Otro, en el poder generador y regenerador del amor de Otro.

Así es, *mutatis mutandis*, la vida de nuestros grupos de fraternidad, debería ser algo análogo a esto (*análogo*, no idéntico, ¡no es que yo vaya a enumerar mis pecados al grupo de fraternidad!): lavarse y dejarse lavar los pies mutuamente, es decir, ayudarse a afrontar los desafíos de la vida, lo que con el tiempo genera una libertad, una no-medida de uno mismo que no nace de una perfección adquirida, de una infalibilidad adquirida, sino del hecho de que cuando digo *yo*, ese *yo* coincide cada vez más con reconocerme parte de un *nosotros* en camino, parte de una comunión que me abraza y me relanza continuamente. Así se entiende el sentido más profundo de la famosa frase de Lobkowitz sobre CL: «Sois los únicos que conozco para los que la amistad es una virtud»²⁸. Si la amistad fuera pura espontaneidad, entonces no sería una virtud. Que sea virtud significa que la amistad entre nosotros exige una ascesis, un trabajo para que dicha amistad crezca y sea cada vez más verdadera. ¿Qué tipo de trabajo? Lo hemos dicho: el trabajo de compartir, de confrontar los problemas concretos de la vida, una confrontación que no es nada fácil, especialmente en un mundo como el nuestro, donde la protección de datos y la autodeterminación se consideran más sagrados que el Santísimo Sacramento. La sociedad contemporánea te dice: si quieres ser libre, tienes que juzgarlo todo tú solo, no debes dejar que nadie invada tu espacio personal. Nosotros decimos lo contrario: decimos que la comunión es lo que libera al yo (de hecho nos llamamos Comunión y Liberación). ¿Y qué entendemos por “comunión”? La comunión de Cristo presente entre nosotros, la comunión con ese Cristo que continuamente se inclina a lavarnos los pies, usando esas “manos” que son el rostro de los hermanos con los que me llama a caminar.

28 Cf. L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 13.

Resumiendo: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo»²⁹, le dice Jesús a Pedro. Esto significa que lo que permite a Pedro entrar en el *sentir* de Cristo –recuerda a la frase de Giussani que citábamos la otra noche: «Vuestro problema es que *no sentís* como yo»–, lo que puede llevar a Pedro a sentir como siente Cristo³⁰, no es su esfuerzo por seguir a Cristo con sus propias fuerzas (ya sabemos cómo acabará cuando lo intente)³¹, sino dejarse amar por Él, sentir en su propia piel las manos de este Jesús que se inclina plenamente feliz a lavarles los pies. Eso mismo también es verdadero para nosotros. Nuestra comunión debería ser, y lo es idealmente, el lugar donde experimentamos esa pasión de Cristo por nuestro destino, una pasión que con el tiempo se nos comunica a nosotros, nos la traspasa sin darnos cuenta, igual que un niño aprende la gratuidad viendo la alegría, sintiendo en su propia piel el amor con que su madre lo baña (aunque yo siempre me rebelaba cuando mi madre lo intentaba, ¡era un niño díscolo, rebelde!).

2. Correspondencia con el corazón y obediencia: una conciliación posible

Ahora quiero poner una objeción a lo que yo mismo he dicho. *Wait a minute, father Paolo* (como si me lo dijera un amigo americano): ¿qué hacemos con el deseo natural de nuestro corazón? ¿Estamos seguros de que todo corresponde a nuestro corazón? ¿No suena un poco de locos eso de disfrutar “lavando y dejándose lavar los pies” como tú dices? La objeción no es banal y responder bien no es fácil. Me limitaré aquí a lanzar una única (aunque provocadora, si me lo permitís) observación: todo depende de lo que entendamos por deseo *natural* del corazón. Claramente, desde un punto de vista mundano, es decir lo que el mundo considera como “correspondiente”, Jesús parece un loco, igual que al principio la mayoría tomó por loco a san Francisco. Ayer me llamó la atención, siguiendo la explicación de fray Felice

29 Jn 13,8b.

30 «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Fil 2,5-7).

31 Cf. Jn 13,36-38; 18,15-18; 18,25-27.

de los frescos de la catedral superior, la escena en la que Francisco se desnuda en medio de la plaza de Asís: se ve al padre a punto de pegarle y, tras él, un grupito de biempensantes entre risitas. Pues bien, ¿no os parece una ligera variación de lo que ya pasó con Jesús en el cenáculo? No olvidemos la reacción instintiva de Pedro: «¿lavarme los pies tú a mí? [...] No me lavarás los pies jamás»³². Lo que significa: «No tiene sentido, es de locos que tú, que eres el Mesías, me laves los pies a mí, que soy el siervo. ¡No puede ser!». Sale a relucir así la verdadera cuestión: ¿es que el gesto de Jesús es una locura o es que Pedro todavía es incapaz de captar su belleza, su grandeza, su gloria? «*Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde*»³³, le responde Jesús. Quiere decir: «No es que mi gesto sea una locura. Es que tú aún no lo entiendes». ¿Y por qué Pedro no lo entiende? ¡Buena pregunta! Por varias razones, pero aquí subrayo solo una (no voy a daros una lección de exégesis, ¡no os preocupéis!): porque si Pedro lo hubiera entendido *ya todo*, no necesitaría recorrer un camino siguiendo a Jesús para entrar en un *punto de vista* nuevo sobre la realidad, ese punto de vista nuevo que, como dice la Escuela de comunidad que estamos trabajando³⁴, es el punto de vista en el que Cristo ha venido a introducirnos. Para entrar en el punto de vista de otro, para llegar a ver el mundo con los ojos de otro, tengo que moverme, tengo que desplazarme desde mi posición inicial para ir allí donde está ese otro, para adoptar el punto de observación de ese otro. Esto es física, no hay escapatoria. Del mismo modo, para entrar en el punto de vista de Jesús, del maestro Jesús (dicho sea de paso, no se entendería por qué lo llamaban maestro si no tuviera nada nuevo que enseñar), para entrar en los ojos de Cristo, de algún modo debo «salir de mi tierra»³⁵, de mi *punto de vista* sobre las cosas –sobre al amor y el trabajo, sobre lo que da gloria o no, etc.– para entrar “en la tierra” de Su punto de vista. Eso requiere un camino, un “éxodo” –volviendo a la imagen

32 Jn 13,6b.8b.

33 Jn 13,7.

34 Cf. L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 86.

35 Cf. Gén 12,1 ss.

con la que empezamos el viernes–, un viaje³⁶.

Si no fuera así, significaría que Cristo no ha venido para cambiar algunas de mis categorías, que ya eran perfectas las categorías con las que razonaba antes de conocerlo. Pero eso –la lógica es infalible– equivale a que la fe sea inútil, existencialmente inútil, porque la fe, como dice la encíclica del papa Francisco *Lumen Fidei*³⁷, es exactamente eso: entrar cada vez más en los ojos de Cristo, es decir, en el *punto de vista* desde el que Cristo lo ve todo³⁸, no solo a su Padre sino también a tu mujer o a tu marido, el trabajo, los niños, etc.; un punto de vista que al hombre por naturaleza –aunque tuviera el sentido religioso de Gandhi o hasta de Moisés– le resulta inaccesible, porque es el punto de vista de Dios, el punto de vista del único «que bajó del cielo»³⁹ y por tanto ve las cosas –no solo las de arriba, ¡sino también las de aquí abajo!⁴⁰– desde la perspectiva del cielo, desde la perspectiva de Dios y no desde la del mundo. «La razón, *por sí sola* –leemos en la Escuela de comunidad–, no puede comprender totalmente

36 «Que nuestra conciencia, pensar y afecto, nuestro modo de amar, se conviertan a Cristo quiere decir que conciencia y afecto se ven continuamente llevados a donde nunca hubieran pensado, provocados a salir de sus medidas, a abrirse, y llevados a un terreno insospechado, más allá de lo que hubiéramos podido concebir o sentir antes. Y son introducidos siempre en lo desconocido, es una medida que se ensancha: la conciencia y la afectividad son introducidas continuamente en un horizonte imprevisto, más allá de todas nuestras medidas» (L. Giussani, *La familiaridad con Cristo*, Encuentro, Madrid 2022, p. 121).

37 «La fe no solo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver. En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros. Tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos, en el abogado que nos defiende en el tribunal. Tenemos necesidad también de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios. Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (cf. Jn 1,18). La vida de Cristo –su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él– abre un espacio nuevo a la experiencia humana, en el que podemos entrar» (Francisco, Carta encíclica *Lumen Fidei*, 18).

38 «El primer modo de influir en la vida del hombre que tiene esta imitación de Cristo [...] es que produce una mentalidad nueva, una conciencia nueva, que no puede reducirse a ninguna ley del Estado o costumbre social: una conciencia nueva que es fuente y reflejo de una relación auténtica con lo real, en todos los detalles que implica la existencia» (L. Giussani, *Dar la vida...*, op. cit., p. 87).

39 Jn 3,11-13; 31-32, etc.

40 «En verdad, en verdad te digo [dice Jesús a Nicodemo]: Hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero no recibís nuestro testimonio. Si os hablo de las cosas terrenas y no me creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las cosas celestiales? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre» (Jn 3,11-13).

lo que Cristo dice, ya que Cristo revela, desvela cosas nuevas e inimaginables, y las desvela *después* –¡atención a este *después!*– de que la gente se vincule a él»⁴¹.

Ahora bien, ¿esto quiere decir que para seguir a Jesús hay que renunciar al corazón como criterio, quiere decir que mi corazón, con sus exigencias estructurales, no es infalible? No, no quiere decir eso. Quiere decir más bien que Cristo ha venido a dar cumplimiento a las exigencias *auténticas* de nuestro corazón y no a nuestras imágenes de la felicidad, imágenes del cumplimiento que pululan en nuestro corazón (de nuevo la idea bíblica del ídolo, de la que hablábamos en la lección: ídolo, del griego *eidolon*, significa imagen, el ídolo es una *imagen* de lo divino «hecho por las manos de quien lo adora», fabricada por mi propia mente). Cristo ha venido al mundo a cumplir las verdaderas exigencias del corazón, no las imágenes de felicidad que tenemos en la cabeza. Por tanto, si uno quiere llegar a ver cómo se cumple la promesa que Cristo le ha hecho saliendo a su encuentro, es decir, si quiere experimentar el gusto del céntuplo aquí abajo como Jesús promete a quien le sigue, debe dejar esas imágenes y seguirlo. No hay alternativa, lo siento. No hay céntuplo –lo dice Jesús, no es que lo diga yo– si uno no está dispuesto a dejarlo todo y seguirlo⁴².

¿Pero dónde acaba entonces el criterio de la correspondencia? No acaba en ningún lado. Sigue siendo válido *all the way through*, es decir, de principio a fin, aunque *no en un sentido único, no se-*

41 L. Giussani, *Dar la vida...*, op. cit., p. 88; las cursivas son mías. Más adelante sigue diciendo don Giussani: «El racionalismo de la época moderna, al olvidar la verdadera naturaleza de la razón, hace habitual la *confusión entre sentido religioso y fe*, vaciando de este modo también la verdadera naturaleza de la fe [...]. La confusión entre sentido religioso y fe vuelve todo confuso. El hundimiento de la verdadera naturaleza de la fe, tal y como se vive en la Tradición, es decir, en la vida de la Iglesia, el hundimiento de la fe como reconocimiento de que “Cristo es todo en todos”, como identificación con Cristo e imitación de él, ha originado el *desconcierto moderno*» (*ibidem*, pp. 90-91). Y en otra parte escribe: «La entera conciencia moderna se agita para arrancar del hombre la hipótesis de la fe cristiana y para reducir esta a la dinámica del sentido religioso y al concepto de religiosidad, y esta confusión penetra también por desgracia en la mentalidad del pueblo cristiano» (L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 35-36).

42 «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones– y en la edad futura, vida eterna» (Mc 10,29-30).

gún una medida invariable, digamos – ¡ese es el matiz!

Intentaré explicarme. La comprensión que tengo de mi corazón, es decir, del verdadero objeto de mi deseo, a medida que sigo a Cristo va evolucionando, se afina, madura⁴³. Cuando el famoso Andrés, al día siguiente del famoso encuentro, fue a ver a Pedro y le dijo: «¡Hemos encontrado al Mesías!», ¿en virtud de qué pudo decirle algo así, con tanto entusiasmo que ni el rudo Simón pudo quedarse indiferente? Lo sabemos. En virtud de una correspondencia, una correspondencia con el corazón incomparable, que nunca había experimentado antes. Una correspondencia tal que le llevó a decir: «¡Sí, es Él! ¡Él es El que esperábamos, es Él!». Sin embargo, ¿eso quiere decir que Juan y Andrés ya lo habían entendido todo de Jesús, que ya en el primer encuentro entendieron *en qué consistía* el cumplimiento, la vida nueva que Jesús había venido a traer? No, para nada. Más bien, como dice una famosísima expresión de don Giussani, habían tenido *como un presentimiento*⁴⁴. Un presentimiento infalible, seguro, y esa es la paradoja de la gracia de la fe. Un presentimiento que convivía, en cambio, con sus imágenes del cumplimiento, es decir, con las imágenes que todos tenían del Mesías. ¿Era por eso menos verdadera la correspondencia que habían experimentado? ¿Eso hacía que su fe no fuera verdadera? Nada de eso. Era *cierta* y verdadera. Pero aún era inmadura. En su contenido, era inmadura. ¿Creía Simón que Jesús era el Mesías, el Esperado? Con todo su corazón. Si había alguien que hubiera tenido un encuentro, era él. La mirada de Jesús –que lo traspasó de un lado a otro (*emblemsas*, dice el texto griego, que significa: *mirándolo dentro*⁴⁵) en cuanto le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas», como abrazándolo todo entero, su pasado y su futuro, lo que era

43 «En este sentido, la fe en Cristo *supera* el sentido religioso del mundo y lo *aclara*. La fe desvela el *objeto del sentido religioso* al que la razón no puede acceder» (L. Giussani, *Dar la vida...*, op. cit., p. 88; las cursivas son mías).

44 «El camino del Señor es sencillo, como el de Juan y Andrés, Simón y Felipe, que comenzaron a ir detrás de Cristo por curiosidad y deseo. No hay otra vía, en el fondo, fuera de esta curiosidad deseosa que es suscitada por el presentimiento de lo verdadero» (L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 154).

45 «Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)”» (Jn 1,42).

y lo que debía llegar a ser— esa mirada no se la podía quitar de encima. Era como si se hubiera quedado atrapado en ella. Pero a ese mismo hombre, Jesús de Nazaret, a ese hombre que ya era el centro de su vida, Simón no le entendía. ¡No le entendía! O mejor dicho, le entendía en parte. Entendía que ese hombre era el Mesías, entendía que era Aquel a quien no solo él mismo, Simón hijo de Juan, sino todos, todo Israel esperaba desde hacía siglos. Eso lo entendía. Sin embargo —¡era de locos!— también entendía que no lo entendía. ¿Qué es lo que no entendía? No entendía *qué quería decir verdaderamente* que Él era el Mesías, no entendía dónde quería ir a parar pues Su lógica era totalmente distinta de la de todos los demás, Su forma de moverse era totalmente distinta de la de todos los demás. Correspondiente, sí, como ningún otro, pero al mismo tiempo totalmente desconcertante, extraño, a veces incluso molesto: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde».

Para nosotros es igual que para Pedro. No se entra en el punto de vista de Cristo de golpe. Se le reconoce de golpe, pero en Su punto de vista se entra poco a poco y nunca sin lucha, es decir, nunca sin la necesidad de que algo dentro de nosotros se rompa, se desgarre como se desgarra el vientre de una mujer que da a luz⁴⁶. Pero el fruto de este parto es sin duda la entrada en una libertad cada vez mayor y en un conocimiento de Cristo cada vez más rico.

3. La virtud que se nos pide

Por todo esto es razonable seguir incluso cuando no se entiende todo. No se trata de poner entre paréntesis la propia razón o el propio corazón, sino de estar disponibles y ser leales al encuentro que hemos tenido, que no es con una u otra persona, sino, a través de una u otra persona, con algo mucho más grande que

46 «La mentalidad mundana [sigue diciendo Giussani] actúa sobre el *horizonte entero* de aquello en lo que el hombre, al crecer, se va educando. Y la mentalidad nueva va *sustituyéndola* paulatinamente con lucha [...]. “Cristo entró en el mundo en polémica con él”, decía monseñor Garofalo. O mejor dicho, no entró en el mundo “en polémica” con el mundo, entró en el mundo exponiéndose, comunicándose a sí mismo, manifestando su misterio, es decir, con una propuesta: es el mundo el que se vuelve en contra» (L. Giussani, *Dar la vida...*, op. cit., p. 87; las cursivas son mías).

esa persona, es decir, con Cristo presente en la realidad de esta compañía guiada hacia el destino. Uno puede no entender, puede sentirse perdido ante ciertos cambios de rumbo, tan perdidos como Pedro y los demás cuando Jesús empezó a decir cosas que parecían absurdas – como esta, que provocó que muchos se marcharan por patas: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»⁴⁷. «¿Es que tenemos que hacernos caníbales?», se preguntaría el pobre Simón Pedro. Pero no se marchó.

Entonces Jesús dijo a los doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”⁴⁸. ¿Por qué no se marcha Pedro? Por lealtad al encuentro que ha tenido, por lealtad a la experiencia que ha vivido encontrándose con Jesús, una experiencia que le llevó a decir, aunque no tuviera del todo claro lo que quería decir: «Sí, Tú eres el Santo de Dios, y por eso es contigo con quien debo estar para tener vida». Es lo mismo que nos pasa a nosotros. Uno puede no entenderlo todo, puede sentir a veces la misma repulsión que Pedro y los demás ante ciertas propuestas del Señor. Pero si es verdad que el encuentro que has tenido es con algo más que un tipo fascinante o de cierto carisma, entonces tienes que seguir la objetividad de la carne de Cristo, de ese pedazo del cuerpo de Cristo que te ha cautivado. Tienes que perseverar, justamente por lealtad a lo que te ha sucedido –no *acallando* tu razón y tu corazón (es decir, no renunciando a pedir razones e incluso objetar cuando no entiendes algo, ¡como hacía Pedro con Jesús!) sino estando siempre disponible, aunque implique un esfuerzo (y por tanto también generosamente)–, para verificar con el tiempo si el cambio que se te pide, el paso que se te pide, es para un más, es una profundización de lo que ha comenzado, o no. La libertad, el drama de la libertad, se juega en esta alternativa: la alternativa entre estar dispuestos a seguir, poniendo en juego toda nuestra razón y afecto, o cerrarnos en nosotros mismos, en nuestra propia medida.

47 Jn 6,53.

48 Jn 6,67-69.

Como hemos visto con fuerza en el magisterio reciente del Papa, no hay que identificar la autoridad indicada con el megáfono infalible del Espíritu Santo. El responsable del movimiento no es Jesús, y por tanto la analogía entre Pedro siguiendo a Jesús y nosotros es siempre (¡bastante!) imperfecta. El seguimiento ha de ser un seguimiento inteligente y dialógico. Es decir, ha de ser un seguimiento cuya propia responsabilidad personal se vive hasta tal punto que si uno está convencido conscientemente de que ve algo que la autoridad no ve, debe sentirse con el derecho y el deber de hacerlo presente, contribuyendo así al bien de todos. La crítica, la pregunta, incluso la objeción, si es cordialmente constructiva, no se opone al seguimiento ni a la comunión sino que la enriquece, como demuestra no solo la historia de la Iglesia sino también nuestra propia historia⁴⁹. Estamos juntos para ayudarnos y un punto novedoso que ilumine a todos, como siempre hemos dicho, puede venir del último chaval que eleva su voz en medio de la multitud, como hace el joven Daniel en la historia de Susana⁵⁰. Dicho esto, sigue siendo válido el principio de fondo: si estás dentro de una historia, es razonable *ante todo* dar crédito a esa historia, poniendo en juego al mismo tiempo y activamente toda tu sensibilidad y la riqueza de tu experiencia. «¿Y cuando cuesta?». Cuando cuesta hay que pedir al Espíritu esa virtud suprema del corazón que don Giussani llamaba disponibilidad o pobreza de espíritu – virtud suprema porque es la virtud del corazón que da grandeza a esa mujer que justamente veneramos como la más grande de la historia, «la más humilde y alta de las

49 «La moralidad es hacer todo por algo más grande que es Cristo, como afirmamos en *Moralidad: memoria y deseo*. ¿Y qué es lo contrario? Lo contrario de la moralidad –es decir, la inmoralidad– es actuar de manera reactiva. ¿Y qué es actuar de manera reactiva? En el ámbito de la inteligencia es la opinión, en el ámbito de la práctica, el instinto. ¡Ay de nosotros si adoramos nuestra opinión en lugar de a Cristo! Sin embargo, el Espíritu de Cristo guía a una comunidad a través de la “cabeza” de los individuos, de su conciencia, a través de la experiencia de los individuos; [...] contribuye a crear un contexto en el que emerge el juicio común» (L. Giussani, *Sobre el juicio comunitario*, op. cit.)

50 «Mientras la llevaban para ejecutarla, Dios suscitó el espíritu santo en un muchacho llamado Daniel; y este dio una gran voz: “Yo soy inocente de la sangre de esta”. Toda la gente se volvió a mirarlo, y le preguntaron: “¿Qué es lo que estás diciendo?”. Él, plantado en medio de ellos, les contestó: “Pero ¿estáis locos, hijos de Israel? ¿Conque, sin discutir la causa ni conocer la verdad condenáis a una hija de Israel?» (Dan 13,45-48).

criaturas», María de Nazaret.

Decía don Gius en su carta a la Fraternidad de 2003, uno de sus últimos textos, y de los más profundos: «La Virgen respetó totalmente la libertad de Dios, “salvó” Su libertad; obedeció a Dios porque respetó Su libertad sin oponer un método suyo»⁵¹.

No opuso un método suyo, es decir, no puso objeciones a esa forma extraña, más aún, inconcebible, con que el Misterio, con Su libertad infinita, le salió al encuentro. Ante el anuncio del Ángel, un anuncio inaudito hasta entonces –pues nunca se había visto que una mujer concibiera sin conocer varón–, María habría podido decir: «Es imposible». En cambio, dijo: «¿Cómo puede ser?». Se abrió a la novedad con corazón sencillo, disponible. He ahí su grandeza, su suma grandeza. Tú eres grande y justa y totalmente hermosa, oh María, porque en ti el universo finito se ha abierto, se ha abierto de par en par hasta el punto de convertirse en la morada del Inmenso: «Hágase en mí según tu palabra»⁵². Aquí estoy, Señor, pero dilata mi medida, dilata el seno de mi medida, hasta hacerme capaz de acoger y entender el sentido de esta novedad que obras.

Llego así a una última “nota bene”, con la que quiero concluir esta síntesis. Nosotros no somos la Virgen, ninguno de nosotros es tan sencillo y puro como lo fue siempre ella. De ahí un dato que, aunque conocido para todos, creo que es crucial tener siempre presente: como el responsable que se nos pone delante no es ni la Segunda ni la Tercera persona de la Trinidad encarnada (hasta el Papa, que aun siendo infalible cuando habla *ex cathedra*, no es la reencarnación de Jesucristo ni mucho menos la encarnación del Espíritu Santo), del mismo modo ninguno de nosotros es la Virgen, ninguno de nosotros es la pobreza de espíritu encarnada. No tenemos un corazón puro como el de la Santa Virgen. Tenemos un corazón dotado con unos criterios infalibles, sí, pero no tenemos un corazón puro. Por eso, al juzgar, a menudo y sin darnos cuenta siquiera, usamos criterios que poco tienen que ver

51 L. Giussani, «Conmovidos por el Infinito», Carta a la Fraternidad de Comunión y Liberación, 22 de junio de 2003, «Tracce-Litterae Communionis», n. 7/2003, pp. 1-3.

52 Lc 1,38.

con la estructura original de nuestro corazón – criterios tomados de fuera, es decir, de otros (ver primera premisa de *El sentido religioso*⁵³), o bien dictados por nuestro instinto o nuestro sentimiento (ver tercera premisa de *El sentido religioso*⁵⁴). No somos la *Inmaculada Concepción*. Por lo tanto, la pobreza de espíritu, el amor a la verdad más que a nosotros mismos, lo que don Giussani llama *disponibilidad*, también son en último término un milagro que solo podemos pedir. En este sentido, verdaderamente todo se reconduce a la petición, como decía ayer una de vosotros de un modo sencillo y límpido: pedir al Espíritu que nos haga disponibles al camino propuesto, disponibles para decir: «sí, aquí estoy –con todo el peso de lo que soy, con mi sensibilidad, mis ideas, mi historia, que puede ser muy distinta de la tuya–, yo estoy, aquí estoy».

Concluyo pues citando de nuevo las palabras finales de la oración del *Acto de consagración al corazón inmaculado de María* que recitamos ayer, en la fiesta de la Anunciación, respondiendo a la invitación del Papa y de toda la Iglesia. No sé a vosotros, pero a mí me daban escalofríos al oír nuestras más de 300 voces pronunciando estas palabras [que contienen entre otras cosas una cita de Dante muy querida para nosotros, escrita en la lápida de don Giussani] como una sola voz: «Mujer del sí, sobre la que descendió el Espíritu Santo, vuelve a traernos la armonía de Dios.

53 «Entonces preguntémosnos: ¿cuál es el criterio que nos puede permitir juzgar lo que vemos suceder en nosotros mismos? Hay dos posibilidades: o el criterio con el que juzgar lo que vemos en nosotros se toma prestado de algo exterior a nosotros, o tal criterio se encuentra dentro de nosotros mismos. En el primer caso volveríamos a caer en la situación de alienación que hemos descrito antes. Pues, aun en el caso de haber desarrollado una indagación existencial en primera persona, rechazando el remitirse a investigaciones ya realizadas por otros, si sacáramos de otros los criterios para juzgarnos el resultado alienante no cambiaría. Estaríamos igualmente haciendo depender el significado de lo que somos de algo que está fuera de nosotros» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 28).

54 «Así pues, el valor del objeto que se conoce, según la postura y el temperamento del hombre, le toca a este de modo tal que provoca en él esa emoción que hemos designado con la palabra sentimiento. El sentimiento es, pues, el inevitable estado de ánimo consecuente al conocimiento de algo que atraviesa o penetra en el horizonte de nuestra experiencia. Pero, como hemos dicho, la razón no es un mecanismo que se pueda desarticular del resto de nuestro yo; por lo tanto, la razón está ligada al sentimiento, está condicionada por este. Leamos, pues, nuestra fórmula definitiva: la razón, para conocer un objeto, tiene necesariamente que contar con el sentimiento, con el estado de ánimo. La razón es filtrada por el estado de ánimo, está siempre envuelta en el estado de ánimo» (L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 56).

Tú que eres “fuente viva de esperanza”, disipa la sequedad de nuestros corazones. Tú que has tejido la humanidad de Jesús, haz de nosotros constructores de comunión. Tú que has recorrido nuestros caminos, guíanos por sendas de paz. Amén».

Domingo 26 de marzo

CONCLUSIÓN

Davide Prospero

Además de agradecerlos a cada uno estos días que hemos pasado juntos, solo quería decir que, como suele pasar, cuando se llega al final de un camino se comprende mejor lo que se decía al principio. De hecho, ahora tenemos más claro qué significa que la cuestión no es “¿por qué yo?” o “¿qué hago yo aquí?”; ahora está más claro que la cuestión no es cómo hemos llegado hasta aquí sino cómo nos vamos de aquí, cómo estamos delante de lo que ha entrado estos días en nuestras vidas, que nos ayuda a reconocer aún más nuestro camino como un camino seguro y hecho para nosotros. Seguro porque es para nosotros. Como cualquier camino, tiene sus etapas y la promesa que nos ofrece no es decirnos «venga, te doy un viático y ya puedes seguir», sino que es la promesa de un camino juntos. Seguro que habréis notado (lo digo porque muchos me lo han dicho) que la forma del gesto también sugiere el tipo de camino al que se nos invita. No os he invitado a venir aquí para daros “la línea del movimiento” sino para compartir una amistad. Compartiendo esta amistad podremos entender un poco mejor cuál es el contenido de la propuesta que el movimiento nos está haciendo y se aclara la tarea que se nos pide. Porque, como digo siempre, cuando uno es objeto de una preferencia, o es una injusticia (pensad en vuestros amigos que no han podido venir porque lamentablemente no había sitio para todos) o esa preferencia indica una tarea: que mediante cada uno de nosotros esta preferencia se dilate, se convierta en nuestra responsabilidad. Atención, esta responsabilidad no se traduce en un cargo: despejemos inmediatamente este equívoco del horizonte de nuestras expectativas. Esta preferencia se traduce en una responsabilidad que tiene como forma de actuación la misma que nos ha alcanzado a nosotros. Igual que nos ha alcanzado como el ofrecimiento de una amistad, se comunica a otros como el ofrecimiento de una amistad. Quiero decir: estar aquí no significa que a partir de mañana vayáis a

estar en todas las diaconías del globo terráqueo. Mejor dicho, no lo sé, pero tampoco importa. Lo que importa es que estamos en camino y que cada etapa del camino es como un nuevo inicio del camino que se retoma con energías renovadas. Cuando uno se para, repone fuerzas y luego avanza con más ímpetu. También por esta razón me gustaría que volviéramos a vernos y fijar nuevas citas. Veremos la modalidad y el lugar. Esta primera vez nos hemos visto aquí, en Asís, por el vínculo con san Francisco y efectivamente el lugar ha tenido un impacto importante en la forma del gesto y en los contenidos de nuestras conversaciones. Para las próximas citas ya veremos. Implicaremos también a otros y la idea podría ser –considerando que todos, quien más y quien menos, están muy ocupados– volver a vernos en otoño (en medio están las vacaciones que cada uno hará con su comunidad).

Uno de vosotros me ha mandado hace poco un mensaje con dos frases que dijo don Giussani aquí en Asís hace exactamente 45 años en un encuentro de profesores en 1978. Las leo: «El reclamo de la fe debe alcanzar a la gente allí donde la cultura dominante forma su mentalidad. La segunda connotación de esta vida [se trata del segundo punto de un discurso que él da, pero es el punto que me interesa indicar] es la *inmanencia física dentro de una realidad de comunión que te constituye*. “He aprendido estando dentro de esta compañía” [he aprendido estando dentro de esta compañía, ¡el camino del que hablaba Paolo! La compañía es el camino para comprender]. La compañía es una vida y no una organización. La unidad, la comunión no es una yuxtaposición o una convergencia desde fuera, sino que se alcanza yendo al fondo de la experiencia de la fe». Creo que deberíamos retomar el contenido de la síntesis que ha hecho Paolo porque describe la forma del camino, no solo indica la meta. Y esta es la segunda frase de Giussani: «Ser cristiano quiere decir ser parte del misterio de Cristo y por tanto miembros unos de otros. Pero no hay inmanencia en la comunión si no hay seguimiento»⁵⁵. Diría que, 45 años después, volvemos a estar aquí. 45 años nos han mantenido en el camino, así que podemos estar en paz.

55 L. Giussani, «Segunda parte: Asís 1978», en *Agli educatori. L'adulto e la sua responsabilità. Quaderni*, 7; supl. de *Litterae Communionis CL*, n. 6/1985, p. 54.

Prólogo Paolo Perego	4
<hr/>	
Introducción Davide Prosperì <i>Jueves 23 de marzo</i>	6
<hr/>	
Lección don Paolo Prosperì <i>Viernes 24 de marzo</i>	11
<hr/>	
Fragmentos de la primera asamblea <i>Viernes 24 de marzo</i>	31
<hr/>	
Fragmentos de la segunda asamblea <i>Sábado 25 de marzo</i>	48
<hr/>	
Síntesis don Paolo Prosperì <i>Domingo 26 de marzo</i>	60
<hr/>	
Conclusión Davide Prosperì <i>Domingo 26 de marzo</i>	76

